

077 mm

EL AMOR HABLA AL OÍDO

Y OTROS RELATOS PERIODÍSTICOS

Liudmila Peña Herrera



24 - 105 mm 1:4

ocean
sur

LIUDMILA PEÑA HERRERA (Puerto Padre, 1987). Licenciada en Periodismo por la Universidad de Oriente (2010) y Máster en Comunicación Social por la Universidad Oscar Lucero Moya, de Holguín (2018). Graduada del Taller Nacional de Técnicas Narrativas Onelio Jorge Cardoso (2006). Trabajó en el semanario *jahora!*, de Holguín, en el diario *Juventud Rebelde*, y ha colaborado con diversos medios de prensa como *Cubadebate*, *Cubahora*, *La Jiribilla*, *Cubaperiodistas*, y las revistas *Contexto Latinoamericano* y *Alma Mater*. En la actualidad es periodista de la revista *Bohemia*.

EL AMOR HABLA AL OÍDO

Y OTROS RELATOS PERIODÍSTICOS

Liudmila Peña Herrera



una editorial latinoamericana

Derechos © 2022 Liudmila Peña Herrera
Derechos © 2022 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-922501-81-3

Primera edición 2022

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

E-mail: info@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

América Latina: Ocean Sur • E-mail: info@oceansur.com

Cuba: Prensa Latina • E-mail: plcomercial@cl.prensa-latina.cu

EE.UU., Canadá y Europa: Seven Stories Press

- 140 Watts Street, New York, NY 10013, Estados Unidos • Tel: 1-212-226-8760
- E-mail: sevenstories@sevenstories.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Índice

Introducción	1
Cazador de imágenes	5
<i>Entrevista a Eddi de la Pera</i>	
El tesoro del faro	11
<i>Entrevista a Miguel Chacón</i>	
El retorno de la superabuela	17
<i>Entrevista a Norma Peña</i>	
Diario de una alfabetizadora	23
<i>Entrevista a Sonnia Labrada</i>	
Innovador de la alegría	29
<i>Entrevista a Abel González</i>	
Cálculo de un desafío	35
<i>Entrevista a Freddis Reyes</i>	
Desafío ante el espejo	41
<i>Entrevista a Frank Fernández</i>	
«Danzo a través del dolor»	47
<i>Entrevista a Vladimir Malakhov</i>	
Obrero de las matemáticas	53
<i>Entrevista a Ricardo Abreu</i>	

El hombre de las vitrolas	59
<i>Entrevista a Jorge Luis Betancourt</i>	
Las 27 000 fotos de Fidel	65
<i>Entrevista a Víctor Aguilera</i>	
Con el corazón insobornable	73
<i>Entrevista a Fernando Cabrejas</i>	
Un hombre terriblemente feliz	77
<i>Entrevista a Rubén Rodríguez</i>	
El amor habla al oído	82
<i>Entrevista a Irela Casañas y Hugo González</i>	
Los desvelos de un presidente	88
<i>Entrevista a Luis Velázquez</i>	
Corazón de guerrero	99
<i>Entrevista a Jorge Luis Quiñones</i>	
La otra Yaquelin	104
<i>Entrevista a Yaquelin Collado</i>	
Ni el fuego ni una lesión me van a detener	109
<i>Entrevista a Frank Lorenzo Acosta</i>	
El bombero fotógrafo ante la inmensidad del desastre	115
<i>Entrevista a Vladimir Zayas Varona y Laura Odriozola</i>	

A Abdiel, cómplice de estos relatos.

A mis Alex y a mis padres.

A los fieles lectores de los diez años más recientes.

OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



Introducción

No es sencillo desnudarnos de esa piel pública que solemos tener todos para contar sobre los más íntimos pensamientos, anhelos, opiniones... Expresarlos en un círculo estrecho y limitado no es lo mismo que revelárselos a un medio de prensa cuyo alcance es, a veces, incalculable.

Cuando una persona dice que sí, que puedes entrar a su espacio, colocarle una grabadora de voz enfrente y hurgar en su vida, sabes que gozas del gran privilegio de invocar sus recuerdos y de escuchar, cual confesor, sobre los pequeños o grandes acontecimientos de los cuales ha sido protagonista o testigo. El diálogo se convierte en la posibilidad de revivir juntos esos momentos, satisfacciones o angustias, para trasladarlos a la cuartilla en blanco.

Desde la primera hasta la última de estas 19 entrevistas, hay una suerte de complicidad entre quienes cuentan sus historias y el receptor, que está ahí, entre líneas, aunque no se pueda ver. En todas ellas está mi voz, por supuesto, escondida casi siempre en la tercera persona de un narrador omnisciente que hace uso de ese «permiso» de saber de antemano cómo van a terminar los hechos, aunque no pretenda adelantar detalles.

Un periodista es, entre otras muchas cosas, las vidas que ha vivido a través de sus entrevistados. Los lectores también. En estas páginas, les propongo meternos juntos en la piel del camarógrafo arriesgado que se cuelga sobre el río San José, en Boli-

via, para captar con su lente la geografía impresionante; y del farero que se quedó a esperar al huracán Ike en Cabo Lucrecia (Holguín).

Conocerán las peripecias de una superabuela, cuya vida es tan dramática como una telenovela; a la alfabetizadora que cuenta sobre sus miedos para enseñar a leer y a escribir; al limitado físico-motor, cuyo talento se empeña en facilitarle la vida a otros como él; a un joven holguinero, recordista mundial en multiplicación; al presidente de la Academia de Ciencias de Cuba.

Aquí están las vivencias del gran pianista Frank Fernández y del bailarín ucraniano Vladimir Malakhov, quienes relatan las dificultades que atravesaron para convertirse en importantes figuras del arte mundial. Encontrarán las voces de muchos cubanos, tan diversos como nuestra sociedad: un doctor en ciencias en la especialidad de Matemática, un historiador coleccionista de fotos del Comandante en Jefe Fidel Castro, un trovador, un periodista-escritor, un restaurador de vitrolas y otras antigüedades, una enfermera sobreviviente de la COVID-19, un médico internacionalista, un bombero, un fotógrafo-bombero y su esposa; y una pareja que no creyó en prejuicios para amarse, aunque la sociedad se preguntara cómo una muchacha tan hermosa se había enamorado de un joven invidente.

En sus relatos encontrarán detalles de diferentes épocas de nuestro país y los contextos de la sociedad cubana, apreciados por sus protagonistas, en esferas tan diversas como la cultura, la ciencia, la educación, la historia.

Estos 19 textos resumen el trabajo de más una década en varios medios de comunicación: el periódico holguinero *¡ahora!*, el diario *Juventud Rebelde*, el sitio web *Cubadebate* y la revista *Bohemia*. Hoy la editorial Ocean Sur me ofrece la oportunidad de recoger esta selección en un volumen, como una especie de curaduría periodística, que agradezco profundamente, con la ilusión de que la disfruten tanto como yo, cuando estuve delante de los entrevistados.

Liudmila Peña Herrera
24 de octubre de 2022.



CONTEXTO LATINOAMERICANO

Una revista de Ocean Sur

www.contextolatinoamericano.com

 [ContextoLatinoamericano](https://www.facebook.com/ContextoLatinoamericano)

La versión digital de Contexto Latinoamericano actualiza semanalmente cada una de sus espacios dedicados a la actualidad, la opinión y el debate, al tiempo que ofrece una síntesis diaria del acontecer noticioso en América Latina y el Caribe.

PROYECTO EDITORIAL CHE GUEVARA

www.chequevaralibros.com

 [LibrosCheGuevara](https://www.facebook.com/LibrosCheGuevara)

Los títulos publicados en español e inglés propician el conocimiento de la vida, el pensamiento y el legado del Che a través de un ordenamiento temático por medio del cual se accede íntegramente a sus múltiples facetas.



Cazador de imágenes*

Entrevista a Eddi de la Pera, camarógrafo de la Televisión Cubana

A horcadas sobre el indígena Esteban Claro, colgando de la tirolesa como si fuese lo más natural del mundo, a Eddi de la Pera nada le preocupaba más que capturar la imagen perfecta. Unos cuantos metros abajo, el río San José acechaba, como caimán de fauces abiertas, a quienes se atrevían a confiarse del arnés para salvar la distancia entre una y otra orilla.

Antes, había tratado de cruzar por su cuenta, pero la poca práctica se lo había impedido. Después, auxiliado por el nativo, pasó una, dos, tres veces, cuidando cada plano fotográfico como si fuese único. Era la segunda oportunidad en que el camarógrafo estrella del canal territorial de Holguín, Tele Cristal, andaba y desandaba lugares agrestes de la geografía boliviana, como aquel de Villa Tunari, en el departamento de Cochabamba.

Cazador de imágenes, empedernido cultor de la estética en la fotografía, nada le desata más adrenalina que el riesgo y los trabajos donde la originalidad marca la diferencia.

Hace poco más de un año partió hacia la tierra de las llamas, donde ondea la wiphala, bandera solemne de siete colores

* Publicada el 26 de febrero de 2011 en el semanario *jahora!*, de Holguín, mientras Eddi de la Pera se encontraba en Bolivia, como parte de un equipo de prensa de los Servicios Informativos de la Televisión Cubana.

del pueblo aymara. Y un día, sin previo aviso, mientras conversábamos a través del chat de Messenger, aproveché para desatar un torbellino de preguntas sobre él, acerca de su labor reporteril como parte de los equipos de prensa cubanos en el exterior. Aunque para expresarse prefiere imágenes más que palabras, no lo pensó dos veces. Respiró hondo, manteniendo el suspenso, y contó.

«En Valle Grande, durante mi primera visita a Bolivia, conocí a la enfermera que lavó el cadáver del Che. Ella me aseguró que fue muy impresionante ver su mirada: era como si, aun después de muerto, tuviese fuerzas para continuar la lucha».

Lo imagino, cámara en ristre, ataviado con pantalón de camuflaje e investido con su seriedad extrema y el olfato detector de hechos trascendentales, como el mejor de los periodistas. Dicen que es un fanático de los temas épicos. Seguramente por eso a Eddi se le perdía la mirada detrás de cada detalle, durante el trayecto hacia La Higuera.

«He visitado 12 veces esos sagrados rincones. Estar en el lugar donde asesinaron al Che me produjo una impresión enorme. Conocí el sitio al que llevaron su cadáver y la lavandería donde le cercenaron las manos. Caminar por los mismos terrenos abruptos por donde él realizó sus duras caminatas, fue como experimentar su asma, su cansancio y entrega.

»El 8 de octubre de 2010 dormimos en La Higuera. Tuve la sensación de haber padecido el frío que él sintió en su última noche. Fuimos el primer equipo de la Televisión Cubana en llegar hasta Ñancahuazú, justo donde el Che estableció el campamento base de la guerrilla».

Dicen que Bolivia tiene sus trucos para dejar enamorado al visitante: los ponchos, las alpacas y una geografía increíble.

Eddi de la Pera, que ha mostrado en cámara tanto la belleza del monumental Cristo de la Concordia (el más grande del mundo) como el esfuerzo de nuestros médicos por devolver el «milagro» de la visión a cientos de bolivianos, hoy asegura que se siente más cubano que nunca, aunque no puede negar los lazos de hermandad que lo unen a los hijos de la Pachamama.

«También fue emocionante la llegada a Cochabamba de los médicos bolivianos recién graduados en Cuba — recuerda —. Regresaban a su patria llenos de proyectos, convertidos en profesionales. En el salón del aeropuerto vi rostros que eran comunes en las calles de Holguín. Ese día me sentí como en casa».

Eddi tuvo la posibilidad de conocer de cerca al presidente Evo Morales: «Es un hombre extremadamente trabajador, dedicado a su pueblo. Tanto en Palacio como en la residencia no ha dejado de ser el indígena elegido para cambiar la huella de tantos siglos de explotación y miseria. He sido testigo de que, cuando sale el sol, hace horas que Evo ya está trabajando».

Las manos de Eddi, 32 años atrás, no sostenían a diario la cámara de video, sino el fusil AKM-2015 que le habían entregado con la misión de defender la independencia de Etiopía.

«Estuve allí alrededor de 27 meses —relata—. Fue la misión más dura que he desarrollado en mi vida, pero me preparó para las otras. África es un continente al cual quisiera volver, ahora como camarógrafo, para divulgar al mundo los avances de esa nación. Recuerdo los paisajes, los rostros de mis compañeros, y al jefe Carlos Mirabal, quien nos condujo siempre hacia la victoria y nos trajo a todos de regreso a casa».

Muchas décadas después, en 2002, trabajó en Venezuela, como parte de otro equipo de corresponsales de la Televisión Cubana. En el Estado de Trujillo, el diablillo arriesgado que

lleva dentro lo hizo parar camionetas para subirse a los capós, y tomar imágenes en lugares tan peligrosos que desde allí solo se veían el cielo y las nubes. En la tierra de Bolívar, fue como si el azar lo pusiese frente a circunstancias extremas: el golpe de Estado contra Chávez, y el dengue, cuya fiebre quebrantó sus huesos. Fueron dos pruebas a las cuales tuvo que enfrentarse sin tener manual de donde sacar las respuestas. Pero este avileño-holguinero tiene la cáscara dura y vivió para contarlo.

De pequeño nunca tuvo una cámara, ni siquiera de juguete; pero muchas tardes se quedó como atontado, en la sala del cine del pueblo, mientras veía cabalgar a aquellos hombres del oeste, pistola en mano, tan vivos como si quisieran salir de la pantalla.

«A la televisión llegué en el año ochenta. Entré como mensajero, y fue después cuando empecé a acercarme a la fotografía, gracias a Oscar Feria, quien me inculcó respeto y disciplina hacia la profesión — comenta con gratitud de hermano—. Fui grabador de *video tape*, o “mochilero”, porque en aquellos momentos la cámara no contenía un casete donde grabar: estaba unida a un equipo que pesaba cerca de 40 libras, el cual recepcionaba imagen y sonido. Ese aparato era el que llevaba sobre mis hombros a donde hubiese que grabar.

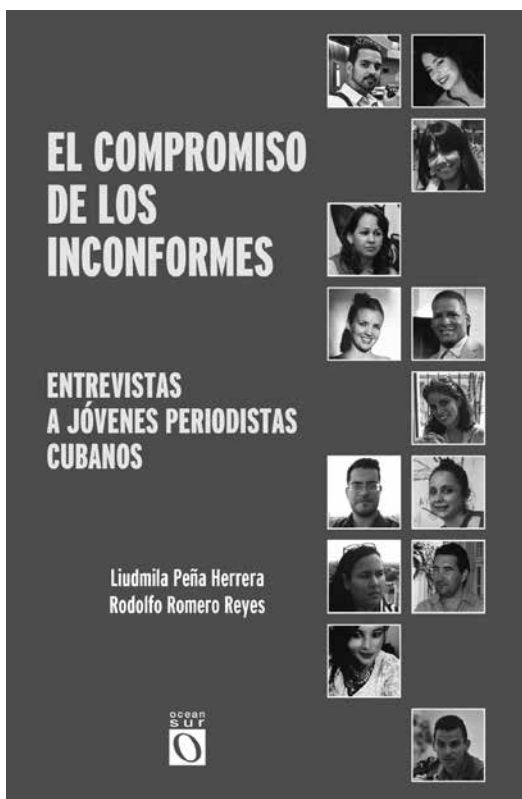
»Desempeñé ese trabajo durante varios meses, hasta que un día cogí en mis manos la cámara y no la solté jamás. Al principio fue duro; incluso, una periodista se bajó del carro cuando le dijeron que saldría a trabajar conmigo, porque yo “no era camarógrafo”. Por eso me esmeré tanto en aprender».

Sus proezas (o locuras) fotográficas, que desafían el peligro, no han ocurrido solo fuera de las fronteras nacionales. Cuentan que grabó el paso del tren por la vía férrea, sentado en una

pequeña lancha, justo debajo del puente de madera ubicado en la ensenada de Lara (municipio de Antilla); subió a una grúa para tomar el plano general de la Escuela de Trabajadores Sociales, en construcción por aquellos días, lo cual le ganó el regaño del jefe de la obra; y, en otra ocasión, recibió la patada del caballo al que seguía desde muy cerca para grabar una secuencia de cámara subjetiva.

Del otro lado de la línea del Ecuador, Eddi hace una pausa. Ante él una pregunta que le provoca nostalgia por la Isla donde le aguardan la madre, para apretar al Niño contra su pecho, y la preciosa India, que no para de hablar de su papá como el mayor héroe conocido. Frunce el ceño y confiesa qué significa Holguín desde la distancia.

«Siempre será para mí el lugar añorado, a donde deseo volver para encontrarme con mi familia y amigos. Es la tierra pequeña que ansío, una y otra vez; la que tanto extraño y a la que tanto debo».



EL COMPROMISO DE LOS INCONFORMES **Entrevistas a jóvenes periodistas cubanos**

Liudmila Peña Herrera y Rodolfo Romero Reyes

En *El compromiso de los inconformes* cada conversación trasciende el marco de lo personal para abordar el panorama del periodismo de factura nacional, sus aciertos y deficiencias, los temas pendientes y los desafíos a superar. De ahí que no importe por qué caminos lleguemos a este libro: una vez que nos encontremos con él, hallaremos mil razones que lo convierten en necesario y entrañable.

158 páginas, 2021, ISBN: 978-1-922501-15-8

El tesoro del faro*

Entrevista a Miguel Chacón, el primer cubano que sufrió los embates del huracán Ike

Banes estaba en carnavales. La cerveza hacía fiesta con la gente o la gente perseguía los espacios de fiesta, no supimos bien. Todo el que conocía el rumbo de nuestro equipo de prensa (integrado por colegas de la televisión holguinera y yo) nos invitaba primero a dar una vuelta por el pueblo y nadie entendía por qué queríamos llegar tan temprano al faro.

Ya sabía que las historias tejidas alrededor de la locura de aquel hombre eran puro invento del imaginario popular, pero hasta el mismo nombre del sitio a donde nos dirigíamos me seducía: Cabo Lucrecia.

El camino me pareció más atractivo de lo que contaban quienes antes habían transitado por las comunidades de Jagüeyes de Mulas y Colorao: el verdor de la naturaleza, la humildad de las construcciones, el asombro en los rostros de los pobladores que se interesaban por los forasteros...

Los baches provocaban que nos diéramos buenos golpes en la cabeza con las bandas metálicas del techo del yipi; los guajiros salían a los portales o al camino y saludaban a nuestro paso, y los cangrejos rojos (que no se deben comer porque puede ser peligroso) marchaban en fila de un lado al otro de la vía pedregosa por la cual intentábamos avanzar con bastante dificultad. Todo aquel panorama pintoresco parecía formar parte de una novela garciamarquiana, cuyo hilo argumental

* Publicada el 5 de marzo de 2011 en el semanario *¡ahora!*, de Holguín.

nos conducía hasta el cubano que había visto primero, y de frente, al huracán Ike.

Cuando avistamos a lo lejos la cúpula del faro ya tenía claro que no quería contar la misma historia del hombre que decidió quedarse solo ante el inminente embate de un ciclón, tan cerca de la costa amenazante, para cuidar sus pertenencias dentro de la torre de 142 años. Estaba segura de que Miguel Chacón tendría otras muchas experiencias que narrar.

El chofer detuvo el yipi justo al costado izquierdo de la edificación. La bienvenida fue alegre, como si hubiese llegado la familia. La casa colonial con patio interior estaba bien restaurada y pocos detalles indicaban el paso del fenómeno meteorológico más destructivo que recordaban sus moradores.

Chacón, como le llaman todos, es más bien bajo, bonachón y muy risueño. Como nos esperaba desde temprano, advertido de los motivos de la visita, no necesitó que le preguntáramos nada: inmediatamente después del saludo, se puso a contar cómo vivió aquel 7 de septiembre de 2008, cuando lo que parecía «una gran nube blanca» arremetió contra el faro, con la fuerza de un huracán categoría tres en la escala de Saffir-Simpson, y vientos sostenidos de más de 160 km/h.

Es un conversador de los buenos. Trajina de aquí para allá dentro de su casa hilvanando oraciones condimentadas con refranes, prepara café y el almuerzo a la vez. Los muchachos de Telecristal lo «acaparan» y yo me entretengo entre los muros de la casona, luego los sigo hasta lo alto del faro, donde nace la luz que orienta en las noches a los barcos. Desde allí, donde los límites entre el vértigo y la libertad se confunden, tomé las imágenes más hermosas que he visto en la vida.

Cuatro o cinco horas después, cuando el crepúsculo casi se adueñaba del Cabo, y yo comenzaba a temer que la cámara de televisión le

hubiese robado todas las respuestas, bajamos de la torre y Chacón me invitó al patio, donde pidió que le ayudara a preparar un pescado.

«¿Sabes de qué tipo es este?», preguntó, mostrándome un ejemplar de más de medio metro. Ante mi silencio, agregó con una sonrisa llena de orgullo: «Es salmón, o caballa, una comida finísima».

Justo en ese instante, acariciados por la brisa del atardecer, aproveché para dirigir la conversación hacia las peripecias de aquel farero que me trataba como si me conociera de toda la vida.

¿Qué es lo más difícil que le ha pasado aquí, además de Ike?

Me he tenido que enfrentar en varias oportunidades a embarcaciones enemigas. Aquí mismo —dijo, señalando a la orilla— llegó un yate y los tripulantes se tiraron para afuera. Fui a su encuentro con un machete, porque no teníamos armas. Eran tres cubanos y un americano. Los tuvimos toda la noche detenidos: había problemas en la zona y no sabíamos cuáles eran sus intenciones. No pasó nada, pero siempre existe la posibilidad de que ocurra un incidente peligroso porque estamos en la costa norte.

¿Y usted nunca ha sentido miedo?

Miedo, lo que se dice miedo, no; pero sí sentí temor del ciclón, cuando vi venir el mar. Si ahora aparece otro y me dicen que hay que quedarse, me quedo. Pero por gusto no, ¡qué va!

Mientras ponía énfasis en la última frase, me extendió el plato con los trozos de salmón. Después recogió el cuchillo y se adentró en la casa. Desde allá voceó: «Ven, que me vas a ayudar a cocinar». Obedecí presurosa y él me entregó los ajos por pelar y el arroz para sacar los granos sucios y los «machos».

Anduvo un rato de un lado a otro, saliendo y entrando de la casa, recogiendo el sancocho para los puercos. Lo vi alejarse de la cocina,

dejando a un lado nuestra conversación. Pero yo no iba a renunciar a aquellas alturas, así que lo perseguí hasta el patio trasero, donde atendía a sus animales. Allí volví a la carga.

¿Cómo es el día de guardia de un torrero?

Comienza a las siete de la mañana. Durante el día recibimos los datos de la guardia anterior, hacemos la limpieza del faro y preparamos nuestros alimentos. El trabajo de la noche es el más difícil.

¿A qué hora se enciende el faro?

A partir de las 7:15 p.m., aproximadamente, depende de la claridad que haya. En ese momento se sube la cuerda, dándole vueltas al rodillo, que es el que hace girar la óptica del faro.

¿Esa es, entonces, la función principal de un farero?

Más o menos: cada faro tiene diferentes características. El nuestro emite un destello cada cinco segundos. Cuando a un navegante le coge la noche en el mar y este se enciende, aunque no sepa por qué lugar va, busca la carta y se da cuenta de que está en Cuba, en la costa norte, cerca del faro de Cabo Lucrecia. Nuestro objetivo principal es proteger la navegación.

Si el faro se apaga por algún motivo, ¿qué hace usted?

El faro tiene una luz auxiliar que permite maniobrar hasta que se solucione el problema. Esta funciona gracias a una celda fotovoltaica y está programada para que, cuando detecte oscuridad, se encienda automáticamente, aunque lo primero es comunicar el imprevisto a nuestros jefes en GEOCUBA.

Estaba inmersa en sus explicaciones cuando, de pronto, detuvo la conversación para apartar a la cerda del comedero, agarró el cubo y saltó la pequeña cerca de piedras con agilidad, sin pronunciar palabra.

Como permanecí inmóvil, a la espera de su próximo paso, me miró con cara de picardía, como invitándome a seguirlo, y se dirigió otra vez a la casa.

Allá fui nuevamente, detrás de él, intentando continuar la conversación para no perderme las últimas historias. Este hombre de 64 años es fuerte como la edificación hecha de jaimanitas que lo protegió del Ike. Cuentan sus compañeros que suele pintar la cúpula colgado de una sogá, como retando, desde las alturas, al diente de perro.

Y ahí estaba, hablándome de los 40 años que había permanecido lejos de la familia, de su poco gusto por cocinar (aunque lo hace muy bien), de los 20 días que pasa en el faro, sin ir a su casa... No es fácil ser farero, pensé mientras caminábamos hacia la cocina, donde encontramos a Jotábich, otro de los torreros que trabaja en el faro.

En Cabo Lucrecia laboran tres: uno hace la guardia, otro está de suplente, por si ocurre algún imprevisto, y el tercero descansa. En el comedor la mesa ya estaba servida. El olor del salmón alteraba a la gata Susi y a todo el equipo de prensa, que no maullábamos, aunque, al filo de las 8:00 p.m., el hambre nuestra se parecía bastante a la de la minina.

Chacón comía en silencio, y yo sabía que debía aprovechar. Lancé mi última pregunta justo en aquel momento, y él respondió que no, que no cree «en apariciones ni en barcos fantasmas; en los vivos sí, que esos son los peligrosos». Pero cuando le hablé del oro, ahí sí le brillaron los ojos como dos moneditas: «Ah, lo del oro... eso sí hay que verlo», dijo sonriente y contó.

Los más viejos siempre habían dicho que en esta zona estaba enterrado el tesoro de Mérida, el más grande del mundo, robado por los piratas, quienes tuvieron que dejarlo por aquí porque fueron atacados por los ingleses. Imagínate la cantidad de gente que ha venido en busca de ese tesoro, con detectores y todo.

Parece que Chacón adivinó mi incredulidad, porque agregó: «Ah, pero lo que sí es seguro es que debajo de un pedestal de la torre hay seis u ocho monedas de oro, con periódicos y otras cosas».

Todos lo miramos y quedamos en silencio. No sé qué pensamientos cruzarían por las mentes de mis compañeros. Yo pensé: estar en un faro, disfrutando de la brisa nocturna y mirando las estrellas por la ventana del comedor, mientras escuchábamos leyendas sobre el oro de los piratas, vigilados por la gata Susi dispuesta a robarnos lo que quedaba en el plato, era mejor que cualquier película de aventuras.

Entonces, ¡a buscar el tesoro!, dije, y nos echamos a reír.

El retorno de la superabuela*

Entrevista a Norma Peña, personaje de la cultura popular de Báguanos

A lo lejos el cortejo fúnebre es una mancha negra que poco a poco se pierde entre el silencio de las losas y el murmullo triste de las hojas secas que van cayendo en llovizna sobre el cementerio. La mujer permanece inmóvil, con el cuerpecillo en forma de ovillo detrás de un ciprés, esperando... Cuando ya no hay nadie alrededor, va a tenderse de bruces sobre la lápida.

Día tras día hace lo mismo, y hasta se queda a dormir en el camposanto, para estar cerca de sus muertos. Aquella noche no escuchó el graznido del pájaro agorero, ni el crujir de la yerba bajo las botas toscas de quien la espiaba. Solo sintió una mano grande y huesuda que la asía con fuerza por el hombro.

—Norma, ven conmigo —le exigió una voz conocida, a sus espaldas.

«La saqué del cementerio y conversé mucho con ella —recuerda Fernando Martínez, psicólogo del barrio La Represa, donde vive ella, en el municipio de Báguanos—. La soledad y la depresión la habían dañado demasiado, porque no tenía a nadie más en el mundo.

»Entonces la invité a ensayar algunas canciones para interpretarlas delante de un pequeño grupo de personas. Cuando llegó el momento, abrimos las puertas y estaba el pueblo entero recibéndola con sus aplausos. Después de aquella presentación,

* Publicada en coautoría con Abdiel Bermúdez Bermúdez, el 1ro. de octubre de 2011 en el semanario *jahora!*, de Holguín.

me dijo: “Ahora sí no dejo de cantar nunca”. Y el año pasado le dedicaron la Semana de la Cultura en el municipio».

Con el alma aferrada a un dulce recuerdo

La tatagua aletea como loco y tardío augurio de la visita. Hace rato que Norma nos ha abrazado entre nervios, insegura de la entrevista que ya había aceptado de antemano por teléfono.

«Ojalá hubiera venido Martín», se queja, pero luego sonrío con la ingenua gracia de una niña que nació artista. Martín Arranz, uno de los padres fundadores del Teatro Lírico Rodrigo Prats, fue el primero en descubrirla hace ya algunos años, y desde entonces se convirtieron en buenos amigos. En su programa radial, Norma le contó una parte de la historia que ahora irá desgranando para nosotros.

Un poco más desinhibida relata con detalles cronológicos la historia de la chiquilla pobre que, a mediados de los años veinte, tras la muerte de su padre, vino desde Santiago a probar fortuna en Holguín, con su madre y hermanos.

«Mi mamá nos dejaba encerrados en la casa con un candado por fuera, porque le temía a la ciudad; pero yo brincaba por una ventana y salía a pedir limosnas. Cantaba en los hoteles Asturias y Telégrafo, y me fingía ciega para recaudar fondos. Quería leer para aprenderme los cantos de Carlos Gardel, porque sentía una gran pasión por él: creo que fue mi primer amor», recuerda con una sonrisa pícaro, bajo el cerezo del patio.

«Escuchaba a Gardel en la grafonola del barbero Gaspar Huerta, quien se parecía mucho a Miguel Faílde, el del danzón. Él me dejaba oír la música allí, aunque los muchachos de la calle le advirtieran que me disfrazaba de muchas personas (María Machete, Norma Bárbara, Pepa Ajo...) para repetir en la cola del comedor público de la ciudad».

¿Y nos cantaríamos algo de Gardel a nosotros? — la provocamos. Entonces se levanta y entona el canto de su platónico amor:

*Yo adivino el parpadeo de las luces que a lo lejos
Van marcando mi retorno
Son las mismas que alumbraron con sus pálidos reflejos
Hondas horas de dolor
Y aunque no quise el regreso
Siempre se vuelve al primer amor
La vieja calle donde le cobijo
Tuya es su vida, tuyo es su querer.*

Un soplo, la vida

«Me dijeron que soy soprano lírica —asegura y, de pronto, cambia el rumbo de la conversación—. En estos días casi he perdido la voz, como Razzano, el amigo inseparable de Carlos Gardel. Lo hice mal, ¿verdad? —pregunta, insegura—. Tengo una disfonía terrible y me da miedo, ¡pánico!, no poder cantar otra vez».

Después, olvidando la angustia, retoma la narración de su propia vida:

«Ah, pero en la Corte Suprema del Arte canté *Estrellita*, de Ponce, y *Silencio en la noche*, de Gardel. El mismo Gonzalo Roig me dijo que la competencia estaba ganada para mí; pero no tenía dinero para pagar aplausos, y los otros dos que luchaban por el premio eran de mejor posición económica. Él, apesadumbrado por eso, me dio un papel recomendándome para el Conservatorio Nacional. Allí me concedieron una beca, pero no pude estudiar porque ni ropa tenía y las clases eran en La Habana. Además, uno de mis hermanos enfermó y vine a atenderlo hasta que murió».

Si tus ojos negros me quieren mirar

Está encantada con la visita, pero lo que Norma no sabe es que el placer es nuestro, al verla con ese mágico andar de aquí para allá, trajinando en la casa sin un achaque.

«Me siento como de 15 años. Tengo esta energía porque como poco, pero sano, pues he tomado cursos en la Asociación Culinaria de Báguanos. Y me ayuda una profesora de yoga que es una maravilla; ya ni insomnio me da, fíjense que hasta dejé el nitrazepán. Lo que el ortopédico sí me prohibió fue montar a caballo porque, de tanta fuerza que hice con mis seis hermanos, mi madre y mi esposo, se me desvió la columna. Él dice que, si me caigo, se puede fracturar mi cadera, ¡y se acabó Norma!».

Lo dice riendo, como si no fuese verdad la fragilidad de sus huesos de 87 años.

«¿Quieren ver cómo me tiro del tubo de la antena?»,¹ pregunta y no nos deja tiempo para la duda o la negativa. Sube al techo de la casa por la escalera del traspatio, se quita las chanclas, aguanta el tubo tembloroso y ejecuta la acrobacia.

Inmediatamente después de poner los pies en la tierra, como ágil chiquilla de barrio, cuenta: «Cuando la mata de cereza está parida, los muchachos esperan abajo a que yo les recoja las frutas y, en vez de bajar por la escalera, me deslizo por aquí para burlarme de ellos, porque soy muy jaranera».

Casi se muere de la risa cuando corremos a sujetarla, porque ya ella sube otra vez al techo, aguantada del tubo metálico, del mismo modo en que bajó, pero poniendo los pies en la pared para impulsarse hacia arriba.

¹ En muchas casas de Cuba se utilizan antenas exteriores para captar la señal de televisión, las cuales se colocan en lo alto de un tubo que mide alrededor de cuatro metros.

No ha transcurrido ni media hora de esta peripecia, cuando pasa por el barrio un muchacho a caballo. Allá va ella a tomar las riendas y a montar, olvidando cuanto dijo antes sobre la cadera y el doctor. Mas no son solo estas actividades, junto a saltar la suiza o hacer el ejercicio estilo bicicleta (con las piernas hacia arriba), lo que ha hecho que todo el pueblo la conozca. Cuentan sus amigas que en la casa siempre hay un espacio listo para cualquier visitante, un platillo de dulce seguro y un refugio incondicional para el arte.

Norma no esconde el secreto para tanta vitalidad: «No duermo mediodía nunca, porque la cama apoltrona. En este patiecito, barro, recojo cerezas, zurzo, baño a mi perrito y trato de comer alimentos naturales. Esa es la vida que aconsejo a todas las personas de mi edad».

— ¿Y le gusta que le digan la superabuela? — preguntamos.

— ¡Claro! Si en la calle me gritan: ¡mira, ahí va la superabuela! Los muchachos me detienen, me besan, me abrazan, me regalan una flor, porque ya me bautizaron así.

Diario de una alfabetizadora*

Entrevista a Sonnia Labrada

Diciembre 18, 1961, Año de la Educación. Sentada en el suelo, mientras escribo, balanceo los pies por entre las barras metálicas del tren. Parece como si fuéramos en un ciempiés con sombrero de guano, porque estos vagones se utilizan para transportar caña. Ahora están acondicionados con bancos de madera y techo de pencas para taparnos del sol.

A ambos lados de la vía los campesinos agitan las cartillas entre sonrisas, como si quisieran acompañarnos a La Habana para desfilas con nosotros.

Todavía me parece escuchar la Banda de Holguín, cuando nos regaló en la estación, hace dos días, los acordes de *La Internacional*. ¡Hemos madurado tanto durante la última época! Ya es tarde, tengo sueño, pero no voy a dormir. Quiero repasar los hechos de estos meses.

Varadero: La fragua

Abril 17. Mi nombre es Sonnia Labrada Velázquez. Tengo 17 años y terminé el tercer curso en la escuela de maestros primarios de Holguín. Pertenezco a la Brigada Conrado Benítez.

* Publicada el 21 de diciembre de 2011 en el sitio web *Cubadebate*. Este relato está basado en las declaraciones de Sonnia Labrada y fragmentos de su diario original, escrito entre el 17 de abril y los días posteriores al 22 de diciembre de 1961, fecha en la que se declaró a Cuba Territorio Libre de Analfabetismo.

Por fin llegamos a Varadero después de un viaje larguísimo. Nos albergaron en la antigua casa de veraneo de la hija de la condesa de Revilla de Camargo. Es un chalecito rosado, de tejas blancas, pero no tiene muebles, solo muchas literas. Dicen en la radio que por el sur de Las Villas han desembarcado contrarrevolucionarios, pero aquí no pasa nada. Pienso que en mi casa estarán preocupados, aunque desde antes de que saliéramos conocían la amenaza de agresión al país.

Ya nos dieron los uniformes: boinas, botas, cinto, distintivo, camisa y pantalón. Todo me queda bien. Después de las clases de orientaciones nos bañamos en el mar. Aquí me dicen Ana Frank, porque no paro de escribir.

Abril 18. En la noche, estábamos divirtiéndonos cuando se apagó la luz inesperadamente y mandaron a hacer silencio porque iba pasando un barco. Al rato, nos ordenaron bajar al sótano. Las muchachitas se alarmaron, pero no se oyó ni un tiro. Dicen que hay un desembarco de mercenarios por Playa Girón.

Abril 25. Hoy nos preguntaron la disposición que teníamos para ir a cualquier parte de Oriente. Me siento avergonzada de mí por no dar el paso, pero me puse a pensar en papi y mami: ellos me pidieron que, si podía escoger, no fuera para Baracoa. Por mí, me hubiera ido, pero pedí que me manden para Holguín, Aguas Claras específicamente. Sé que no va a ser posible, porque seguro que allí no hay muchos analfabetos.

Mayo 5. Nos repartieron las mochilas: traen cinco cartillas, dos manuales, seis libretas, seis lápices, la hamaca, una bandera cubana, un retrato de Camilo, tres libros de cuentos de Martí, *Arma Nueva* (un folleto para cuando el analfabeto sepa leer), expedientes y registros. Además, contiene una lata de leche condensada, un paquete de chocolate y uno de caramelos. Estoy ansiosa por comenzar la sagrada tarea que me espera.

«Ana Frank» en Holguín

Mayo 9. Tengo una suerte terrible: me quedaré en casa de Orfelina Fernández (Orfe), mi amiga y compañera de escuela y alfabetización. Vive en el Cuartón Las Casimbas, en el barrio de San Lorenzo, entre Holguín y Las Tunas. El lugar está frente a la carretera, a 45 minutos de mi ciudad natal.

La casa es grande, de madera y cinc, con el piso de cemento. Tiene dos cuartos: nosotras dormiremos en el segundo. La madre se llama Mercedes y parece buena persona. Fermín, el padre, es un señor mayor. Con ellos viven también Ernesto, el hermano más pequeño, Fermín, el del medio, y Manuel, el mayor. Todos son muy simpáticos.

Mayo 10. Ya está listo nuestro centro de alfabetización. Pusimos banderas y los retratos de Camilo. Yo quisiera tener en la pared uno de Martí y otro de Fidel, voy a ver si los traigo el domingo de la casa.

No quise coger al primer alumno porque tenía miedo y me daba pena darle la clase yo sola. Orfe lo hizo y resulta que es inteligente, porque aprendió rápido la lección.

Mayo 11. Ya tengo mis propios estudiantes: Hilda, Lolita, Juan, Cachita, Susana, Elda, Romilio... A Elda le enseñé a firmar, va de lo mejor. Es la primera vez que verdaderamente enseñé algo. Ojalá que al final de este año pueda sentirme orgullosa por ayudar a leer y escribir a una persona adulta.

Mayo 16. Amado, el brigadista responsable de la zona, nos contó que regaron papeles con amenazas de que nos van a ahorcar. Todas las noches, a una muchacha le ponen su nombre en una mata de mango cerca de la casa. Por suerte, nosotras no hemos tenido dificultades.

Me bañé temprano, comimos y al poco rato llegó Romilio. Después Manolo con la señora y sus hijos. Él llegó hasta la P.

A ella le puse unas cuentas y le hice un dictado: ya sabe leer y escribir bastante bien. Se fueron después de las 9 y al poquito rato nos acostamos.

Noviembre 11. Mañana será un día para no olvidar: celebraremos la victoria del conocimiento por encima de la oscuridad de la ignorancia en San Lorenzo. Por fin podremos declararlo libre de analfabetismo. Cómo voy a extrañar a mis ocho alumnos, a mis compañeros de la Campaña... Ya tengo en mis manos la carta que cada uno de ellos escribió a Fidel como prueba de lo que han aprendido.

Diciembre 15. Hoy Holguín estaba precioso durante el desfile. Los brigadistas nos concentramos en la Avenida de los Álamos y llevamos nuestra alegría hasta el parque Calixto García. Allí estaban muchos de nuestros compañeros de escuela, a quienes no veíamos desde el inicio de la Campaña. Había que ver la emoción con que todos nos mirábamos.

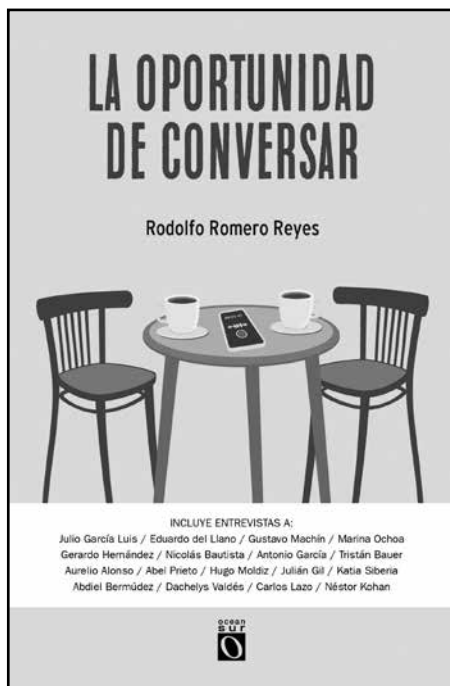
Pero cuando izaron la bandera y Holguín fue declarado Territorio Libre de Analfabetismo, sentí que ya no estaba frente a la Periquera, sino a unos kilómetros de Buenaventura, en Las Casimbas, bajo la luz de mi farol, intentando enseñarle a Romilio las primeras letras.

Hace aproximadamente un mes que nos despedimos de la familia de Orfe, pero no me olvido de ninguno. Esta experiencia ha sido maravillosa. Mis padres no saben cuánto les agradezco por haberme permitido participar.

Diciembre 18. Son las tres de la madrugada. Dicen que estamos entrando a La Habana. Nos quedaremos en Guanabacoa, en casa de Lourdes, Lucy Chirino y Yuya (la madre), unas brigadistas que conocimos en Holguín y con las cuales mantuvimos buenas relaciones. Ya tenemos el itinerario previsto

para los días anteriores al desfile: muchas visitas a amigos y paseos por la ciudad.

Pero lo que más me emociona es el acto del 22. No dejo de pensar en eso. Imagino la Plaza de la Revolución repleta de cubanos, aguardando por los brigadistas con banderitas de colores en las manos. Iremos de uniforme completo, con los faroles y las cartillas en alto, listos para asumir cualquier otra tarea. Fidel estará allí, sonriente y orgulloso de su pueblo. Y entonaremos el Himno de las Brigadas Conrado Benítez y el Canto de Triunfo, para terminar diciendo bien alto: «Fidel, Fidel, dínos qué otra cosa tenemos que hacer».



LA OPORTUNIDAD DE CONVERSAR

Rodolfo Romero Reyes

Periodismo y comunicación política; cultura, cine, políticas culturales; golpes de Estado y conflictos geopolíticos; diversidad y orientación sexual; solidaridad, resistencia, hegemonía y contrainsurgencia son los temas que pone sobre la mesa el libro *La oportunidad de conversar*, de la editorial Ocean Sur. Dieciséis entrevistas, la mayoría de ellas publicadas por su autor en la revista *Contexto Latinoamericano*, polemizan acerca de complejas realidades del entorno de Cuba y América Latina.

172 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-59-2

Innovador de la alegría*

Entrevista al innovador Abel González

Hay quien no cree en auras o buenas energías. A veces, también yo dudo. Es difícil creer en lo que no se ve; pero quien se le acerca y le ve sonreír, con ese rostro de eterna niñez, como si no le rondaran problemas, se convence de que la felicidad existe: solo hay que dejarle contar su historia de vida.

Nació en un pueblecillo granmense, tan remoto que ni el nombre recuerda, en el año 1963, cuando todavía algunos contaban las tragedias del ciclón Flora.

«Mi discapacidad siempre fue un misterio. Hace poco se descubrió que mi madre tuvo enfriamiento visceral porque, cuando tenía una panza inmensa de ocho meses de embarazo, permaneció muchas horas expuesta a las inundaciones provocadas por el ciclón, que pasó en octubre y yo nací el 26 de noviembre. Parece que eso pudo provocar la displasia fibrosa congénita que padezco».

El hogar de Abel González Marrero, en el reparto holguinero de Alcides Pino, es un gran taller donde igual que se inventan soluciones para sillas de ruedas, triciclos y autos, se «fabrican» amistades que duran la vida entera. Y aunque sus innovaciones asombran a quienes no lo conocen, este reparador de sueños

* Una versión reducida de esta entrevista fue publicada el 24 de noviembre de 2012 en el semanario *jahora!*, de Holguín.

tiene una explicación bien sencilla: «Si te sientas en una silla de ruedas y te enclaustras, te parece que el día tiene 48 horas. Sin embargo, para mí pasa rápido el tiempo, porque siempre tengo un amigo cerca o estoy haciendo algo útil. Los médicos no entienden por qué no me hace falta ninguna pastilla para dormir. Esa ocupación es la mejor medicina para las enfermedades».

Inventor por naturaleza, su afición por las tuercas y los tornillos le viene desde pequeño, cuando se convirtió en mecánico de cuanto juguete se rompía en el barrio. «Como tenía mi discapacidad, no podía seguir el mismo ritmo que todos los muchachos —recuerda—. Entonces, les arreglaba los carritos y lo que me llegaba a las manos. Por eso me tenían presente y yo me sentía bien con eso».

Aquel juego se convirtió en su oficio. Hoy no son niños ni juguetes los que le rodean, sino medios de transporte o de vida de limitados físico-motores:

«Las sillas eléctricas que nos llegan de donación resuelven un problema, pero trabajan bien solo los primeros meses. Cuando falla la batería, el discapacitado no puede usarla. El objetivo de mi taller es quitarle el *hardware* electrónico que tiene y tratar de hacerlas mecánicas. También las desarmo y las convierto en triciclos, porque así pueden usar baterías de otros tipos de transporte y su reparación es más funcional».

—¿Este es su famoso triciclo? —pregunto y él ríe.

—Ahorita lo vamos a usar —promete entusiasmado y susurra, como para que su esposa, que trajina dentro de la casa, no escuche—. Esta es como mi novia; digo, como mi otra novia: cuando tiene problemas de batería, casi se me quita el sueño, lo mismo que me pasa con mi mujer cuando está enfermita. Imagínate, estas son mis piernas.

—¿Y es cierto que usted le armó un caballete a Marcos Pavón, el reconocido artista discapacitado que pintaba con la boca?

—Sí, le hice un caballete electromecánico que duró más de 25 años. Sus padres envejecían y él dependía de ellos para pintar. Cuando tenía que hacer un movimiento, debía esperar a que alguien llegara. Con el caballete, subía y bajaba el cuadro con un pie, con independencia.

Graduado de Técnico Medio en Control y Calidad, de su ingenio e imaginación han surgido inventos para mejorar la calidad de vida de limitados físico-motores, como un ascensor que, si se aprobara, permitiría una mayor facilidad para que pudieran asistir al estadio Calixto García; numerosas soluciones a barreras arquitectónicas y hasta una silla sanitaria que él mismo usa.

«El ascensor está diseñado para no romper con la arquitectura del estadio. Con eso el limitado físico-motor pudiera tener acceso y disfrutar de la pelota como el resto de las personas. La idea no se ha llevado a la práctica porque falta la decisión —asegura Abel—. Por otro lado, en Cuba es difícil conseguir las sillas sanitarias que nos sirven a los discapacitados para hacer las necesidades fisiológicas. Por eso, cogí una plástica de las de mi comedor, derretí el fondo y lo moldeé como si fuera una tasa sanitaria. Abajo pongo el orinal y me siento. Sería bueno hacer una línea de producción».

Como el clásico Meñique, nunca piensa «esto es demasiado», cuando le rondan nuevas ideas aparentemente difíciles de llevar a la práctica. Entre sus sueños está construir una especie de desplazador mecánico y una caja de velocidad telescópica.

«Mi hijo me carga y me lleva hasta donde haga falta, pero quiero ser menos dependiente. Por eso, pretendo poner una viga con un equipo eléctrico en el techo, encima de la cama, de tal forma que mi esposa me ponga una faja y el aparato me lleve hasta el baño, que está en línea con el cuarto. Todo sin miedo a caerme, porque llevaría un arnés de protección.²

»Pero la caja de velocidad telescópica es mi sueño más importante ahora. Con ella multiplicaré la velocidad y la fuerza para el triciclo —dice con la ilusión reflejada en el rostro—. Hace años que estoy en eso. La necesidad es la madre de la invención. Yo construyo soluciones, pero quiero que quienes las necesiten, las usen también».

Abel fue jugador de baloncesto, corredor de maratón en silla de ruedas y, cual hombre-orquesta, integró el grupo musical Corazón del Caribe, el primero formado por discapacitados en toda América Latina. Aunque su vida ha sido un constante aporte a los seres humanos, no oculta su deseo de que las personas valoren mejor a los miembros de la Asociación Cubana de Limitados Físico-Motores (ACLIFIM):

«A veces nos miran con lástima, por el mismo desconocimiento. Lo que nos hace falta son oportunidades para demostrar lo que podemos hacer, porque soy un hombre con un corazón, con una discapacidad, con una condición especial. Todavía falta romper barreras, crear más talleres donde podamos desarrollar actividades como cualquier otra persona, siempre que tengamos habilidades y condiciones».

—Usted ha librado muchísimas batallas, y esta es una de las más importantes —le digo y él asiente.

² En el año 2018, cuando regresé a su casa, comprobé que Abel había logrado construirlo y lo usaba a diario.

—A veces una persona con discapacidad encaja con sufrimiento en un lugar determinado. Cuando yo era joven, siempre había un bromista en mi colectivo de trabajo que me cogía «pa'l trajín» y me preguntaba que cuándo le iba a dar un beso a una mujer. No me gustaban ese tipo de comentarios, pero qué podía hacer. Irme de allí no era la solución, porque trabajando me sentía útil.

No son pocos los prejuicios y manifestaciones discriminatorias que, todavía hoy, experimenta a diario:

«Mi LADA está señalizado con el logotipo de persona con discapacidad, pero mi hijo no puede estacionar sin dificultades porque no existen parqueos específicos para nosotros. Quienes padecemos este tipo de problema, necesitamos tener el auto cerca para cualquier necesidad o eventualidad.

»También me sucede que voy a un restaurante con la familia y los meseros nunca me dan la cuenta para pagarla, aunque la pida, porque creen que estoy allí de favor. Incluso aquí mismo, sentado en el portal, cuando viene la trabajadora social o algunas otras personas, preguntan: “¿No hay nadie en casa?”. “Seño, mire, yo”, respondo. Pero pasan y me dejan ahí, como si no me hubieran visto. Entonces le preguntan a mi esposa quién es el dueño de la casa. ¡Y el colmo es que se asombran de que sea yo! Todavía muchos creen que el discapacitado es una figura decorativa y no un hombre emprendedor».

Negado a la tristeza y a la inactividad, Abel hace de la vida una celebración. «A cada rato hago una fiesta e invito a unos amigos y a otros no, porque después hago otra con el resto, y así disfruto el doble. También me engancho en la silla de ruedas con un arnés, me llevan para el río, me bajan con una soga y gozo como cualquiera».

«Yo soy el hombre más feliz del mundo», afirma. Y le creo. Pero no deja espacio para una nueva pregunta, porque la respuesta definitiva ya le salta de los labios: «Cuando llego a mi casa, me siento a plenitud. Mi esposa es la responsable de todos mis éxitos y mi hijo es mi brazo derecho. Gracias a ellos, sé que tengo por quién luchar: mi familia es mi vida».

Cálculo de un desafío*

Entrevista a Freddis Reyes, recordista mundial en Multiplicación

Montamos en el auto gris del periódico que nos espera a la salida de la Facultad de Economía de la Universidad de Holguín. El chofer comenta algo sobre la demora y yo saco el móvil de la cartera. Una de las aseveraciones del entrevistado me martilla el cerebro y no puedo esperar a llegar a la redacción para buscarlo en Internet. Voy pasando cada uno de los años en el calendario digital, con trabajo, obviamente. Me cuesta encontrar el 2072.

«Será sábado», había dicho él sin dudar. «El 20 de agosto del 2072 será sábado».

¿Y el 24 de septiembre de ese mismo año?, había insistido yo, a sabiendas de que siempre esas dos fechas coinciden en el día de la semana. Lo sé porque son los cumpleaños mío y de mi hermano. Creo que mi tono de voz podía evidenciar algo de incredulidad.

«Será sábado también», había respondido, sin una sombra de duda. «¿Cuántas fechas crees que calculo en un minuto?».

Aquel muchacho de 30 años, atrevido, histriónico, con un brillo de guerra en sus ojos claros, había lanzado la pregunta como una fiera cuando le molesta que la reten.

«Rompí el récord del mundo calculando 74 fechas en un minuto, pero he hecho 95 en ese mismo tiempo – había sentenciado –. He calculado 20 fechas en ocho segundos y 67 centésimas. Por muy rápido que pestañees, puedo calcularlas antes de que cierres y abras los ojos».

* Publicada el 23 de febrero de 2013 en el semanario *jahora!*, de Holguín.

A Freddis Reyes Hernández las palabras le salían de los labios como relámpagos, o como si, por muy apresuradas que sonasen mis preguntas, él fuera capaz de responder antes de que yo terminara.

¿Qué era calcular rápido para ti de pequeño?

Un ejercicio de matemáticas normalmente se desglosa en la libreta. A mí me aburría poner paréntesis, si ya sabía cuánto daba al final. Solo escribía la respuesta.

¿Eso te produjo algún problema con los profesores y las notas?

Ah, sí, nunca cogía 100, porque tenía que hacer los pasos.

¿Tienes buena memoria?

Tenía mejor memoria antes. No es que sea mala ahora, pero entre más rápido soy calculando, menos memoria tengo.

¿Cómo puede ser eso? ¿No te preocupa?

No, es por los métodos que utilizo. Con los de antes calculaba mejor al aire, pero lo hacía más lentamente. Ahora soy más rápido, aunque en el aire casi no puedo calcular.

Saca un cigarrillo. Duda y pregunta: «¿Puedo fumar aquí?». Se toma su tiempo mientras disfruta cómo los aros de humo se pierden entre nosotros. Cuando termina, vuelvo al ataque.

¿Qué es calcular al aire?

Me dices unos números y los calculo como mirándolos en el aire, sin escribirlos. Antes los veía así, ahora prácticamente no puedo. Es por el cambio de método. Hoy no multiplico de adelante hacia atrás, sino de atrás hacia adelante. Tengo que ir recordando los números, lo cual es más incómodo.

Cuando dices multiplicar de atrás hacia adelante, ¿cómo es? Por ejemplo, ¿3 por 24 sería 3 por 4, y después 3 por 2?

24 por 3 es muy fácil. Multiplicamos números de ocho dígitos por otros de ocho dígitos, diez veces. Pero pongamos uno pequeño: 345 por 286. Es 5 por 6, llevas tres. Da 30, por eso llevo tres. 286 —repite como para no olvidarlos—. 5 por 8, 40... y... —piensa unos instantes—. Ya no me acuerdo cuanto da, porque se me olvida. Pero se hace así, es un método cruzado de atrás para alante. Antes calculaba las raíces en el aire y ahora no lo puedo hacer. Pero hoy soy tres veces y medio más rápido.

¿Eso significa que has avanzado mentalmente o crees que has retrocedido?

En 2010 rompí el récord del mundo, pero no gané. Ahora triunfé en multiplicación en el Campeonato Mundial de Cálculo Mental (en la ciudad alemana de Magdeburgo) y me llevé el trofeo del calculista más rápido en la Olimpiada de Cálculo Mental de Turquía, además de la medalla de oro en multiplicación, y rompí el récord del mundo, que consistía en calcular diez multiplicaciones, en cuatro minutos con 29 segundos. O sea, soy mejor ahora.

¿Sueñas con números, con cálculos?

Cuando empecé a calcular, a finales de 2007, tenía mucha diferencia con respecto a los mejores. Soñaba con números porque soy muy competitivo y no logro dormirme con algo que me dé vueltas en la cabeza. Caminaba y los números venían mucho a la mente. Entrenaba constantemente porque me decía: «Ellos llevan cinco años preparándose. ¿Cómo hago todo ese entrenamiento en doce meses?». Por eso los números venían a la cabeza.

¿Y cómo aparecen los números en tu cabeza?

Voy caminando y me sale 6 por 4, 24; más 18, 42... Pero eso me pasó durante más o menos un año. Me daban vueltas en la cabeza.

¿Pero no eran números de ocho dígitos?

Lo que aparece en la mente es lo que hago mientras calculo números de ocho dígitos. Ahora solo pienso en números cuando entreno. No me gusta eso de que la gente me pregunte. Lo único que les respondo es una fecha, que es como calcular dos más dos.

Una fecha, digamos, ¿dentro de 50 años?

No. Una fecha del año 1600 al año que tú quieras.

¿Y si yo te lo pregunto ahora?

Yo te lo respondo.

Después yo lo verifico...

No tienes que verificarlo.

¿Estás tan seguro? – lo provooco y, entonces, como en un círculo vicioso, vivimos el instante en el que él me dice, en apenas un segundo con una centésima, que, dentro de 59 años, el 20 de agosto va a ser sábado. Antes de que transcurran siete centésimas, afirma que, en ese mismo espacio de tiempo, el 24 de septiembre también será sábado –. ¿Cómo lo sabes? – insisto.

Es un algoritmo – dice, con aparente acopio de paciencia, aunque en realidad presiento que le incomoda –. 20 de agosto. Agosto es tres, por un código, 23; y el 72 es código seis, porque en 72 años han pasado tantos X bisiestos. Se los sumas, le restas

el múltiplo de siete más cercano. Sé que el código del año 72 es seis. 23 más seis, 29. 29 menos ocho, uno. Uno es sábado.

Y continúa con la otra fecha:

24 de septiembre. 24 más seis, 30. Más seis, 36, del código del año 72. 36 menos 35, que es el múltiplo de siete más cercano, da uno. Uno es sábado. ¿Viste, que es dos más dos?

¿Y qué es lo más difícil?

Las raíces son las más complejas. Calcular la raíz de dos es tan difícil como el número más grande que tú puedas poner. Lo difícil es la cantidad de dígitos que vas a extraer.

¿Cómo es la presión mental en una competencia?

Muy fuerte. En la primera ronda de la Olimpiada fui el más rápido, pero tuve un error. Eso me mandó al quinto lugar. En la segunda vuelta empecé muy rápido. Escribí un dígito mal y me costó diez segundos. Las manos me temblaban. Veía cómo el corazón me saltaba. Era tanta la tensión que no podía teclear. En la tercera multiplicación fue igual: lenta y con aquel nerviosismo. En la cuarta me di una terapia, donde me dije: «Soy el mejor y nadie me puede ganar». Después, todo salió: cogí el oro.

Por si fuera poco, para asistir a las competencias tengo que pedir el dinero prestado. Eso es una tensión porque, si no gano, no tengo cómo devolverlo. Llegué a Alemania con 28 euros. Tenía un catarro terrible y fui a un hospital. No me atendieron porque no tenía cómo pagar.

¿Sientes que tu habilidad te ha convertido en una persona calculadora?

No por ser habilidoso al calcular, sino porque me gusta la psicología. Antes sí, como una forma de reírme y entretenerme un poco. Pero ya no lo hago.

Freddi enciende la computadora y me enseña un ejemplo de cómo funcionan las competencias. Poco después nos despedimos.

Miro el calendario del móvil. Intento recordarlo diciendo que no tengo que comprobarlo, que será sábado. Por fin lo encuentro: 2072. Paso los meses. Ahí está: 20 de agosto. Sábado. ¿Y 24 de septiembre? Sábado también. Llegamos al periódico. Subo las escaleras como en otro mundo, preguntándome qué estaré haciendo ese día del 2072. Sonríó. ¿Quién sabe? Creo que es demasiado. Ya eso es algo que ni el mejor de los calculistas del mundo sería capaz de adivinar.

Desafío ante el espejo*

Entrevista al pianista Frank Fernández

De espaldas a la puerta entreabierta por donde lo observo con cierta discreción, el maestro Frank Fernández se concentra en una melodía que me resulta familiar. Parecen uno solo hombre y piano. Quienes le rodean aplauden, sonríen. Alguien de la casa de visita donde se hospeda viene a mi encuentro y me hace pasar al salón convertido en transitorio estudio. Intercambiamos un saludo mucho más cordial de lo que yo misma esperaba y me invita a ponerme cómoda. Un poco cohibida tomo asiento a una distancia prudencial del grupo que conversa y disfruta de su maestría, mientras degustan un vino tinto que también yo acepto.

Sentado frente al teclado no se inmuta, aunque transcurren 30 minutos, una hora, hora y media desde mi llegada. Toca sin parar, aparentemente olvidado del mundo.

Pasa con rapidez la partitura, y otra vez caen sus dedos sobre el teclado, haciendo renacer una de las melodías más hermosas del mundo: La trucha, sonata de Franz Schubert. De pronto, hace una pausa y consiente un descanso.

«Periodista, ya tenemos espacio para conversar», dice y vuelvo a tener en frente al mismo artista que aceptó cordialmente el diálogo, la tarde en que, mientras esperaba el momento para compartir escenario

* Publicada el 21 de junio de 2014 en el semanario *jahora!*, de Holguín, con motivo de sus presentaciones en la provincia a propósito de su cumpleaños 70 y de la gira de Silvio Rodríguez por barrios holguineros.

con el trovador Silvio Rodríguez en Mayarí, su pueblo natal, intercambió unos minutos con la prensa. Ahora lo tengo frente a mí, en entrevista exclusiva para nuestro periódico local. Y lo aprovecho.

¿Qué recuerda de esa primera vez, con cuatro años, en que tocó el piano?

Eso de los cuatro años lo sé porque me lo cuentan. Mamá era pianista, profesora de piano, teoría y solfeo, y estudiaba guitarra. Ella tenía (en Mayarí) una academia adscrita al conservatorio Orbón, de La Habana. Gracias a la audición cotidiana, aprendí a tocar sin que nadie me enseñara. Lamentablemente, mi madre murió cuando yo tenía seis años.

Entonces, no debe recordar mucho de su mamá como profesora...

Dice mi tía Gela que era una persona dulce y religiosa. De hecho, ella murió por cumplir con el dogma de la Iglesia, que no permitía el aborto. Estaba en estado de gestación y tuvo una infección. Solo existía posibilidad de salvación si abortaba, pero estaba prohibido y ella se puso en manos de Dios.

En aquel momento — para ahorrarte una pregunta que debe ser difícil de formular — no fue tan grande el dolor. Fue creciendo según tomaba conciencia. En esa medida, he sido cada vez más infeliz por no saber lo que es el cariño de una madre. A ella he dedicado toda mi obra.

¿Por eso la considera su guía, su ángel guardián?

En situaciones difíciles invoco su espíritu, aunque no he podido comunicarme con ella en ninguna ceremonia. No soy religioso, pero sí creyente del ser humano, de la vida y las energías. Creo en energías superiores que nos controlan, guían y protegen. Pienso que al frente de esos ángeles guardianes está Altigracia Tamayo, mi querida madre.

¿Qué lo decidió a irse para La Habana?

En Mayarí solo hacía un concierto al año o tocaba los domingos en el Liceo. Aquello no era completamente satisfactorio. Iba a Santiago para oír el coro de Electo Silva, el de Miguel García y el Orfeón Santiago. Pero a los 14 años me fui a La Habana, intenté entrar al conservatorio Amadeo Roldán y no me lo permitieron porque no tenía una buena base, en comparación con los niveles de la capital. Entonces me dieron trabajo en la música popular.

¿Cuánto le sirvió ese trabajo para su crecimiento como músico?

Acepté el trabajo para comer porque mi papá me dijo: «Si no estudias Comercio, te quito los 150 pesos». Llegué a ganar 800 pesos con 14 y 15 años. De pronto, acompañé a Elena Burke, a María Luisa Chorens, Alba Marina; conocí a Lecuona, me hice amigo de Somavilla, de Adolfo Guzmán; tuve la dicha de trabajar en el lobby-bar del St. John como pianista solista, y compartí con César Portillo de la Luz y José Antonio Méndez. Aquello, que era para ganarme el pan, se convirtió en una nueva escuela.

¿Entonces por qué decidió retornar a Mayarí?

Para salir de aquel ambiente maravilloso que me había enseñado mucho, pero podía convertirse en algo traicionero, porque era una vida demasiado fácil. Allí me iba a transformar en un pianista de cabaret y no en un concertista. Ganaba dinero, lo tenía todo resuelto, pero me acostaba a las 3:00 a.m. y me levantaba a las 2:00 p.m. Volví a Mayarí para dirigir un coro de aficionados con solo 16 años. Después vine a La Habana a un seminario y me dieron la oportunidad de entrar al conservatorio Amadeo Roldán como profesor-alumno. Allí conté con las enseñanzas de Margot Rojas, César Pérez Sentenat e Isaac Nicola.

¿Qué representó para su futuro más inmediato el premio del primer concurso de la UNEAC?

Uno de los miembros del jurado había invitado al gran pianista ruso Victor Marzhanov, quien me convidó a su clase si un día iba a Moscú. Aquello me pareció un milagro porque unos años antes, en el conservatorio Amadeo Roldán, habían puesto un disco de aquel pianista. Cuando lo escuché, me dije: «¡Si yo pudiera conocer a ese hombre!». A mí me ha costado trabajo la vida, pero soy un hombre de mucha suerte.

¿Por qué un maestro como usted cree en la suerte?

Ella es como la inspiración: existe, pero lo mejor es no confiarse y que nos sorprenda trabajando. ¿Por qué creo que existe? He intentado hacer una obra similar a otra que hice bajo inspiración, me relajo, trato de reproducir el estado anímico, de crear las condiciones y no me llega. De todas formas, es mejor luchar mucho y tratar de conseguir los sueños por nosotros mismos.

De sus años en Moscú, como estudiante del conservatorio Tchaikovsky, ¿cuáles fueron las experiencias más impactantes?

La primera fue terrible y negativa: un alumno había llevado las cuatro baladas de Chopin a la clase. Estudiar solo una puede ser materia de trabajo durante un curso completo. Me impactó ver a un joven capaz de darle a escoger a su maestro cualquiera para él tocarla. En los pasillos oía decenas de obras que ensayaban en los dormitorios. El nivel era muy alto.

Durante el primer año llegué a estudiar 10 horas diarias, incluso me lastimé un hombro. Jamás olvidaré que me enfrenté a mí mismo en un espejo. Me dije cosas horribles, y lloré. Encontré dos opciones: seguía y luchaba hasta convertirme

en un grande o regresaba a Cuba. Entonces afronté el reto del Tchaikovsky. Y fue muy hermoso volver hace un par de años como el primer latinoamericano en dictar una «master class» en el conservatorio de Moscú.

¿Cómo se prepara para un concierto?

Estudio mucho —cuando tengo condiciones, hasta siete y ocho horas— para tocar la pieza (si es de otro autor) como si fuera yo el que la hubiera compuesto. Eso lo aprendí de Bola de Nieve. «Estudio hasta convertirme en la canción que canto», me dijo, y lo asumí como un valor interpretativo. También pongo en práctica un consejo de otro de mis maestros: «Cuando salgas al escenario, olvídate de lo perfecto y sal a improvisar, pero si algún día te falla la improvisación, detrás estará lo perfecto».

¿Cuáles son los mejores momentos de inspiración frente al público?

Cuando me abstraigo, no toco para mí, sino para el arte, para los espíritus sublimes. Cuando siento que estoy solo y logro que el sonido me hipnotice; cuando pierdo el miedo escénico. Es en ese momento en que solo existimos la música y yo. Cada vez que salgo a escena apuesto por esos momentos.

¿Cómo aprecia la música popular un artista consagrado a la clásica?

Disfruto tanto escuchando un concierto de Rajmáninov como una rumba de Los Muñequitos de Matanzas. Es un acto artístico tan grande como una sinfonía. No considero que ser músico clásico es superior a ser tocador de rumba. Eso es lo fantástico de Cuba, que es una Isla pródiga en creatividad.

Muchas de sus presentaciones han comenzado con el Ave María, de Schubert. ¿Significa algo en particular para usted?

Hay piezas que se entregan, que ayudan a pasar ese trago amargo inicial en el que uno no sabe si el público vino, si la sala está vacía, si te van a aplaudir. Esa incertidumbre siempre crea tensión. Parece que, por la espiritualidad de esa pieza, contribuye a que la gente se concentre. El *Ave María* me da suerte.

¿Qué espera del concierto de este sábado en el Suñol?

Si tenemos suerte, si el duende baja, si la inspiración llega, este sábado en la noche será fabuloso. Espero que los holguineros dejen a un lado la tradición inhibitoria de no aplaudir mucho. Si no nos lo ganamos, como si se van del teatro; pero si nos lo merecemos, que aplaudan, que griten, que se paren. Tan malo es un público que constantemente está regalando su beneplácito, como el que, para hacerse importante o culto, se lo niega al artista que lo merece.

¿Qué persigue Frank Fernández en esta etapa de su vida?

Tengo un sueño cada día. Parece que un día me quedaré dormido para siempre, pero sin dejar de soñar. Mis sueños son complejos, difíciles. Uno de los más grandes de este momento es que los buenos músicos cubanos no tengan necesidad de emigrar para poder hacer sus carreras. Sé que no lo puedo resolver, pero por lo menos lo he empezado a repetir, porque creo que, si otros países lo han conseguido, para nosotros es posible.

«Danzo a través del dolor»*

Entrevista al bailarín ucraniano Vladimir Malakhov

Sus ojos relampaguean cuando cesa la música y los bailarines esperan un gesto suyo, nerviosos. Él, uno de los grandes de la danza clásica mundial, se vuelve hacia quienes presenciamos el ensayo, en silencio. No pronuncia palabra, su rostro, bañado en lágrimas de emoción, lo dice todo.

En la primera fila del teatro Ismaelillo, de Holguín, aplaude con efusividad a los jóvenes de la Compañía de Danza Contemporánea Codanza, después de su interpretación de la coreografía Pasajera la lluvia, durante una de las audiciones previas al Grand Prix que lleva su nombre.

Faltan pocos minutos para que, sentado sobre el tabloncillo del escenario, Vladimir Malakhov (Ucrania, 1968) converse con nosotros. Todo en él es arte: su modo de sentarse, de cruzar los brazos sobre las piernas o de hacer gestos faciales que acompañan su inglés pulcro y pausado. Quizás sea ese modo de hablar o de escrutar sin entender lo suficiente el español, o tal vez sea algo mucho más difícil de descifrar; pero Malakhov parece un niño grande, un chico de 46 años que contesta con amabilidad cada pregunta.

¿Por qué el año 1978 y una mujer llamada Elena determinaron sus inicios como bailarín?

Elena es mi madre, y en ese año me llevó a la Academia Bolshói, de Moscú. Eso fue muy importante para mí porque

* Publicada el 4 de octubre de 2014 en el diario *Juventud Rebelde*. Interpretación y traducción: Reynaldo Cruz.

ella dejó que su niño se quedara en una ciudad completamente extraña para que fuera feliz.

¿Era difícil comenzar en el mundo de la danza en Ucrania?

No fue difícil. Mi madre siempre dijo que su primer hijo iba a ser bailarín. Lo intentó todo: baile de salón, gimnasia, *character dance*, piano, pero el ballet siempre fue su sueño. Yo había tomado clases, pero no profesionales. Entonces mi maestro le dijo: «El niño es muy talentoso, y sería mejor si lo llevaran a una escuela profesional. Aquí puede bailar alrededor de un árbol de Navidad, hacer de conejo, o de ratón; pero no puedo darle más». Por supuesto, con él recibí algunas de las posiciones, como el *changement de pied* (cambio de pie), pero no era suficiente.

Entonces se fue a la academia Bolshói...

Sí, a los diez años.

¿Qué no olvida de aquel sitio?

Los primeros dos años fueron muy difíciles porque extrañaba a mis padres. Dormía en un cuarto de beca y visitaba a mi familia una o dos veces al año. El resto del tiempo solo llamaba por teléfono o alguien venía a Moscú a traerme algo. Entonces escribí una carta: «Estoy ansioso porque no hay nada de comer, de beber». Cuando mi madre la recibió, quedó en shock. Pensó: «Mi hijo se está muriendo de hambre». Inmediatamente compró los boletos y se apareció llena de bolsas de comida. Nos alimentaban bien, pero escribí aquello para ver a mis padres. Después me acostumbré y me ponía ansioso, pero por regresar a la academia lo antes posible.

Al terminar la academia, existía la posibilidad de pasar a la Compañía Bolshói...

Todo el mundo pensaba que iba a entrar a la Compañía. Me dijeron que era difícil sacar el permiso para quedarme en Moscú por ser extranjero. Pero la Compañía Ballet Clásico de Moscú me acogió como bailarín principal.

¿Había algún problema con aceptar a los bailarines que no eran rusos?

No era un problema, se trataba, más bien, de un principio. Gregorovich era el director artístico del Bolshói. Después de graduarme, gané el Grand Prix de Varna, pero Gregorovich expresó: «Todavía es muy pronto para aceptarte». Entonces gané la medalla de oro en la Competencia Internacional de Moscú, tres años después, y Gregorovich dijo: «Quizás pensemos en darte un puesto». Obtuve otro premio y entonces Gregorovich aceptó: «Es hora de que vengas». Y aproveché para decirle: «Es demasiado tarde».

Ha actuado en escenarios de Europa, Asia, Canadá, Nueva York... ¿dónde ha encontrado mejor energía para desarrollar su arte?

Es difícil decirlo. Cada compañía es especial para mí, porque me aceptaban de inmediato como bailarín principal. Por supuesto, les quité el oxígeno a muchos otros, porque los bailarines pasan de corps de ballet, al demi-soloista; después al solo, y del solo al principal. De pronto, cuando estaba vacante la posición de bailarín principal, llegaba Malakhov, y Malakhov era el bailarín principal. Eso trajo celos, pero cuando veían la calidad de mi trabajo, se disculpaban. Entonces las puertas se abrieron.

¿Cómo logró unificar a tres compañías de ballet en un solo conjunto: el Staatsballett Berlin?

Fue difícil porque las casas de ópera no querían que el ballet fuese independiente: les atraía mucho dinero. Sin embargo, las compañías no llenaban esos sitios. Cuando asumí la dirección, pensé en cambiar toda la estructura y armar un repertorio especial para que el público volviera. Comencé el programa «Malakhov y sus amigos», para atraer a las estrellas del ballet internacional. Después de 12 años como director, todas las casas de ópera estaban llenas.

Además de alemanes, ¿había bailarines de otras partes del mundo?

Sí, la compañía llegó a tener bailarines de 36 nacionalidades: alemanes, italianos, franceses, españoles, japoneses, mexicanos, turcos, armenios, norteamericanos, argentinos...

Después de tanto éxito, ¿por qué abandonó el Staatsballett Berlin?

Porque necesitaban esa posición para otra persona. Había rumores gestándose a mis espaldas y no me gusta formar parte de ese juego. Siempre me han gustado las cosas abiertas. Les dije: «Antes de que tomen su decisión, yo tomo la mía: me voy».

De Berlín fue a The Tokyo Ballet, en Japón. ¿Se mantiene trabajando allí?

Sí, querían que empezara inmediatamente y yo planeaba tomarme un año para relajarme, porque todo es muy estresante. Ahora voy por un mes, después vuelvo, de noviembre a marzo o principios de abril, y de nuevo en julio y agosto.

¿En esta etapa de su vida está simplemente dirigiendo, o también baila?

El balance del baile ha ido bajando, y el de impartir clases y dirigir ha ido subiendo. Todavía bailo, aunque ya no ballet clás-

sico. Si miramos mi vida, todo ha sido bailar. He hecho 21 producciones de El lago de los cisnes. También bailé con el Ballet de Alicia Alonso junto al American Ballet Theater.

¿Por qué escogió a Holguín para desarrollar el Grand Prix y no La Habana?

Mi mánager sugirió este proyecto y en La Habana dijeron que no. Pero conocí a Maricel Godoy³ y ella aseguró que podíamos venir y trabajar en esta ciudad. Entonces le dije: «Te doy mis brazos y mi alma; tómame como soy».

Cuando se cierra el telón y se apagan las luces, ¿qué pasa con Malakhov?

Me duele todo el cuerpo. Es así como se supone que sea. Pero yo danzo a través del dolor. Sin dolor no sentiría pasión, sin pasión no existiría amor, y sin amor no habría danza. Por eso, si se hace trabajo clásico, es bueno cambiar a contemporáneo o a moderno, porque otros músculos comienzan a funcionar. Cuando vuelvo al clásico, me siento completamente distinto y puedo desarrollar más de lo que hacía antes.

¿Y cuando no está bailando?

Siempre tengo muchas cosas que hacer. En casa, paseo con los perros, cocino, doy clases y viajo a muchos lugares. Cuando estoy aquí, me siento libre, y recibo la energía de los bailarines cubanos.

¿Por qué un Grand Prix para bailarines caribeños y latinoamericanos?

Porque las relaciones entre Cuba y la URSS [Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas] fueron muy fuertes durante años.

³ Maricel Godoy es la directora de Codanza.

Mis abuelos trabajaron con el pueblo cubano en el área de las comunicaciones. Después, la URSS colapsó y las cosas aquí se tornaron económicamente mal. Sé que la cultura es muy fuerte: el ballet, la ópera, todo... Por eso decidimos hacer algo especial.

¿Existe algún proyecto para que el ganador actúe en su compañía?

Voy para Japón y allí solo hay japoneses. Pero si organizáramos una gala distinta, por supuesto que estaría feliz de invitar a bailarines de Codanza y de otras compañías.

¿Qué le ha impresionado más del trabajo de Codanza?

Nos hicimos muy buenos amigos, como familia. Su actuación es maravillosa, hacen muy buenas coreografías. Todos están contentos. Incluso, en situaciones en que deben estar sufriendo dolor, permanecen sonrientes.

Creí verlo llorar durante una de las audiciones... ¿sucedió algo especial?

Me impresionó lo emocional y la fuerza con que se mostraron los bailarines. Para mí, fue impactante ver la calidad de la presentación. Todo el mundo quiere ganar el premio, y lo entiendo. Yo era exactamente igual. Ojalá todos los bailarines tengan ese carisma. Veo en sus ojos que quieren lograr lo que parece imposible.

Obrero de las matemáticas*

Entrevista a Ricardo Abreu, doctor en ciencias
en la especialidad de Matemática

Es capaz de explicar, en español y en inglés, problemas matemáticos imposibles de comprender para los «simples mortales» ante un tribunal compuesto por doctores en ciencias belgas, brasileños y cubanos. Sin embargo, la voz le tiembla cuando responde a la prensa y le aterrorizan las cámaras, aunque una vez iniciada la conversación demuestra una locuacidad que muchos envidiaríamos.

Cualquiera que no conozca bien a Ricardo Abreu Blaya, profesor de la Universidad de Holguín, creería que quien ha obtenido seis premios de la Academia de Ciencias y el de la Academia del Tercer Mundo, entre otros muchísimos reconocimientos, es un hombre ensimismado, parecido a los científicos locos de cabellos desordenados que caricaturiza la televisión. Pero mi entrevistado es un padre entusiasta cuando habla de sus hijos; ama los sombreros y hasta parece que los colecciona; adora la lectura, las canciones de Joaquín Sabina y las reuniones familiares.

¿Cómo aquel muchacho que suspendió matemáticas en el Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas decidió estudiar, justamente, esa carrera?

Mi papá siempre me inculcó ese amor por el cálculo y, de alguna manera, yo me sentía en deuda, porque esa asignatura era para él lo más importante... No era matemático, pero tenía

* Publicada el 13 de abril de 2016 en el sitio web *Cubadebate*.

una gran inclinación por el pensamiento. No sé de dónde le nació esa pasión, pero de niño solía hacerme muchos acertijos.

Por eso me fui a estudiar a Checoslovaquia, donde me enfrenté a una carrera más fuerte de lo que era aquí en Cuba. El profesor llegaba y escribía teoremas y demostraciones, teoremas y demostraciones... En todo momento había que decidirse: o escribías o tratabas de entender. Por lo general, trataba de entender porque, por mucho que escribiera, si no entendía lo que estaba escrito, no resultaba.

Al cabo de tres años, regresé para graduarme en la Universidad de Oriente, en Santiago de Cuba, donde el claustro de profesores era excelente. Allí comencé enseguida el doctorado, mientras trabajaba en la secundaria de mi pueblo, en Cacocum, en la provincia de Holguín. Iba a la universidad, hablaba con el profesor y por la noche debía regresar en el tren porque no tenía beca en Santiago. Significó bastante sacrificio; no obstante, si me hubiera escapado de eso, entonces hubiese sido muy infeliz.

¿Cuánto coeficiente intelectual se necesita para ser un matemático?

Decía Tomás Alba Edison que el genio es un 1% de inspiración y un 99% de transpiración. Se necesita gran esfuerzo y motivación. Cuando uno está enamorado de lo que hace, no importa que no sea tan inteligente. Detrás de las matemáticas hay personas, como Bernhard Riemann y David Hilbert, que son de «otra galaxia», pero hay otros muy buenos que logran hacer cosas. Yo me considero más un obrero de las matemáticas.

¿Cuáles son esos problemas que ahora le ocupan?

Trabajo en problemas de compacidad de operadores. Estos son como matrices infinitas. Una matriz tiene filas y columnas,

así que un operador es una matriz con filas y columnas infinitas. Es algo más complicado que, por lo general, actúa en un espacio de dimensión infinita. Entonces, demostrar compacidad de operadores siempre trae cosas buenas para la teoría.

En una entrevista anterior, me habló sobre las hipótesis de Bernhard Riemann y de William Clifford. ¿Todavía le quitan el sueño?

En el análisis de Clifford he aportado algunos granitos de arena, y manejo la hipótesis de Riemann como aficionado. No dejo de pensar en eso, pero no me atrevería a decir que lo hago con muchas esperanzas. No alcanzaría una vida para llegar a eso. Está ahí desde 1854, y es un problema que todo matemático quisiera resolver. Le llaman el santo grial de las matemáticas.

¿Y en qué consiste la hipótesis de Riemann?

Es sobre el comportamiento de los números primos, que no tienen divisores, forman al resto y son infinitos. En palabras sencillas: cada número se puede descomponer en factores primos. El ocho es dos por dos por dos, y el diez es dos por cinco. Pero cada número puede tener una cantidad par o impar de divisores primos. Por ejemplo, el cuatro es dos por dos (dos divisores primos); el 30, dos por cinco por tres (tres divisores). Riemann dice que, si coges un número al azar, la probabilidad de que tenga una cantidad de primos impar es igual a la probabilidad de que tenga una cantidad de números primos par. Toda la seguridad del mundo está respaldada en los números primos, y son ellos la esencia de la criptografía.

¿Cuál es el aporte fundamental de la investigación suya que ganó, recientemente, el Premio de la Academia de Ciencias?

Se han investigado las ecuaciones de Maxwell por primera vez, sobre todo en lo asociado a las fronteras. Concretamente, se

estudian problemas de fronteras para el campo electromagnético cuando las superficies que se consideran son fractales. Esto nunca se había hecho en el mundo.

Y una frontera fractal es...

Las ecuaciones de Maxwell que estudiamos están en el espacio, y las fronteras son como superficies. Si nos limitamos al plano, una curva fractal está en un pedacito pequeño de este, pero su longitud es infinita. Por lo que no se pueden describir como la geometría plana. En siglos pasados, a estas curvas las llamaban «monstruos de la geometría». Imagínate una curva que, en cualquier punto que la toques, tenga una punta y, entre punta y punta, también haya otras puntas. Esos son los fractales. Aparecen en todo momento y están en cualquier parte de la naturaleza.

¿Qué tienen en común las matemáticas y la psiquiatría en su familia?

De no haberme enamorado de las matemáticas, hubiera sido psiquiatra. Me gusta saber que gran parte del pensamiento está en un pedacito de cerebro. Tal vez por ahí anda la cosa: mi esposa y yo tenemos en común que a los dos nos interesa el pensar. A mí la vida me llevó por la investigación, y ella es una excelente psiquiatra.

¿Cómo es usted, más allá de las matemáticas?

Soy un soñador, pero que no arrastra consigo a la gente. Me paso el tiempo haciendo cosas, desde desyerbar un jardín, pintar, hasta tocar guitarra. Me gusta la humildad, la sinceridad, la amistad, pero siempre desde el desinterés. Trato de imprimirme a mí mismo y a los demás el olvidar las tristezas y pensar positivamente.

Me dijo su hijo Ricardito que a él no le gustan mucho las matemáticas, ¿eso no le preocupa?

No son tiempos de matemáticas. No hay Nobel y no son atractivas. Es muy difícil inculcarles a los muchachos algo que no les atrae, aunque sí quisiera que estudiara matemáticas. A veces bromeo con que él va a ser quien demostrará la hipótesis de Riemann. Pero es hasta conveniente que empiece con cierta ingenuidad, con una frescura propia. No quiero enseñarle para que llegue con lo que yo le pueda decir. Si se decide, que lo sea por él mismo. Para mí sería muy bonito.



PIEL ADENTRO **Entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos**

Yoandry Avila Guerra

Piel Adentro, reúne diez entrevistas a artistas, guionistas y realizadores cubanos que fueron publicadas en la revista *Alma Mater* entre 2019 y 2021. Nos acerca a la vida íntima y profesional de hombres y mujeres muy conocidos en la Isla, cuyos testimonios no solo ofrecen detalles de su carrera artística, sino que se adentran en el ejercicio de pensar su entorno y su país.

104 páginas, 2021, ISBN 978-1-922501-35-6

El hombre de las vitrolas*

Entrevista al restaurador Jorge Luis Betancourt

Es posible que el restaurador holguinero Jorge Luis Betancourt Sánchez haya hecho una apuesta contra el tiempo. Colgados en varias paredes de su casa, los relojes de péndulo (de años diferentes) marcan la hora como el primer día de creados. Desde el comedor, donde espero a que regrese con una pieza que quiere mostrarme, se escucha la voz de Caruso. Parece como si, en la habitación contigua, el tenor italiano cobrara vida en uno de los artefactos antiguos que él mismo rescató del polvo y el desuso.

Estos han sido días de mayor agitación que la habitual para él y su familia. A nuestra llegada, la casa situada en Martí 185 era una conjunción de meticulosidad y premura. Diecisiete piezas se embalaban cuidadosamente para que todo el proceso de restauración no hubiese sido en vano, y pudieran llegar a La Habana a salvo de golpes y roturas.

Jorge Luis se sentía «entre la espada y el tiempo» cuando restaba muy poco para la apertura de su exposición Huella eterna, que abriría al público el 16 de noviembre en el Museo de Arte Colonial, de la capital.

La expo estará dedicada a la fundación de la Villa de San Cristóbal de La Habana, y tomará como pretexto la recordación del aniversario 140 de que Thomas Alva Edison creara el fonógrafo, primer aparato en el mundo que grababa y reproducía sonido.

* Publicada el 21 de noviembre de 2017 en el diario *Juventud Rebelde*.

«Las piezas cuentan, en un orden secuencial, la historia de este tipo de artefactos, desde los fonógrafos Edison, la amberola, el gramófono y las primeras vitrolas. De estas últimas, llevo una muestra de la Víctor I hasta la última ortofónica, que fue la portátil VV-255, construida en 1929. El público podrá verlas funcionando porque llevo grabaciones antiguas de los grandes tenores de principios del siglo XX, tanto en registros planos como en cilindro para los fonógrafos».

Jorge Luis ha dedicado su vida a rescatar objetos que conforman la historia, no solo de Holguín, sino de toda la nación. Entre ellos destacan los escudos perdidos del altar mayor de la Catedral de La Habana; la tumba del gobernador de Holguín, don Juan Nepomuceno Huerta Arostegui; y la pistola del comandante rebelde Eddy Suñol.

Aunque todo parece indicar que este artista de la restauración nació para devolverle la vida a los objetos que la gente tira a la basura, olvida en un rincón o remodela para usos tan disímiles como mesas y zapateras, lo que Jorge Luis realmente estudió fue música.

Si disfrutaba tocar, ¿por qué decidió «colgar el violín»?

En Holguín hay muchos violinistas; sin embargo, en la restauración fui el único que trabajó desde niño todas las direcciones. Comencé con la imaginería religiosa. Años después, al Fondo Cubano de Bienes Culturales le agregaron en su objeto social la restauración de antigüedades, y entendí que allí era más útil. Era difícil tocar en el grupo El Mariachi y atender este proyecto a la vez, así que me decidí por la restauración, que me apasiona más.

Pero si lo que estudió fue música, ¿cómo se convirtió en restaurador profesional?

Desde niño me llamó la atención todo lo relacionado con el patrimonio. Cuando salía de la secundaria me iba para el museo provincial La Periquera a limpiar piezas oxidadas. Lo primero

que restauré fue una bandeja de hierro de un ingenio, y luego un farol colonial. Pasaron los años y siempre me mantuve relacionado con esa institución.

A partir de 1997 realicé viajes al Gabinete de La Habana para canalizar todas mis inquietudes. Allí adquirí mucho conocimiento, aunque para hacer este trabajo también hace falta un don natural. Por ejemplo, he desarmado un artillero que nunca había visto, sin que nadie me explicara cómo funcionaba.

Entonces, ¿cómo lo hace?

Es intuición, una gracia natural que tengo. Ningún mecanismo se parece a otro y yo restauro cualquier tipo de reloj antiguo. Y un Ansonia no es igual que un Watherbury, o que un New Haven. Los relojes norteamericanos difieren completamente de los alemanes y los restauro todos con largas garantías, pues los preparo para los hoteles y los museos. El mecanismo de una vitrola o de una caja de música antigua no tiene nada que ver con el de los relojes, pero los arreglo con buenos resultados. Salvé también un antiguo órgano a cilindro Le Parisien.

Debe tener alguna metodología para abrir y desarmar los objetos...

Solo basta con mirarlos y analizarlos bien, siempre que uno domine los principios de funcionamiento de los mecanismos antiguos. En base a eso aplico el desarme, la limpieza y corrección de desgaste, hasta dejarlo como nuevo.

Conocer los artilugios antiguos lleva un tiempo...

Imagínate que llevo más de 35 años desarmando, limpiando y recuperando cada mecanismo que cae en mis manos.

Imagino que también haya roto alguno...

Si supieras que, como tengo una gran paciencia para desarmar, eso no ha ocurrido. Para mí, no hay reloj de péndulo o vitrola sin arreglo.

¿Y cuánto tiempo dedica en un día a reparar alguna pieza?

Todo el que dispongo. A veces voy alternando el tiempo entre un objeto que tenga para una exposición, con otro que me solicite el Fondo de Bienes Culturales, donde trabajo. Son días enteros, hasta la una o dos de la madrugada. La restauración necesita de una paciencia asiática, y apenas descanso los domingos.

Con tanto trabajo, ¿no tendrá que restaurar el amor de vez en vez?

No, porque mi esposa es mi mano derecha. Ella trabaja a la par conmigo. Me ayuda mucho porque es muy buena en el tapizado, restauración de rejillas, decapado de muebles y en la preparación de los pigmentos para lograr el color original.

¿Cómo consigue los materiales que necesita?

Las vitrolas llegan con la cuerda rota, sin brazo o diafragma. En el campo siempre aparece alguna pieza. Así he logrado comprar muchos mecanismos oxidados. De esa forma encontré un cajón de vitrola que se usaba como zapatera; se trataba del modelo 4-3, de la ortofónica de 1925. Así mismo recogí un cajón que usaban en un garaje para guardar tornillos. También compro armarios viejos, uso las maderas de pianos o escritorios que ya no se pueden salvar. Si las vitrolas tienen una historia, la madera con la cual las restauro también tiene la suya.

¿Y en cuánto vendería una?

Por nada del mundo. Esa es una pregunta que siempre me hiere. A veces estoy muy emocionado explicándole al público la historia de estos artilugios y me duele que salte alguien preguntando en cuánto vendería una pieza a un extranjero. Mi vida son las vitrolas y mi sueño es fundar la Casa de la Vitrola,⁴ donde puedan asistir los estudiantes de canto del Instituto Superior de Arte para aprovechar los más de mil registros de grabaciones antiguas que tengo, de Caruso, Tito Schipa, Lily Pons o Lucrecia Bori. Por suerte, ese proyecto ya está encaminado y espero que muy pronto los holguineros puedan apreciar estos artilugios cada vez que quieran.

No hace mucho culminó dos de las labores más amplias y meticulosas que se haya impuesto, en tiempo récord: la restauración del Museo Municipal de Gibara y el de Artes Decorativas, de esa localidad costera, los cuales llevaban 10 años cerrados al público. ¿Qué podemos ver como resultado de su trabajo allí?

En enero comencé el proceso de restauración de todas las piezas museables, excepto pintura y escultura. Lámparas, escritorios, muebles antiguos, una nevera, candelabros, apliques, la colección de relojes antiguos, un cañón, un farol de los alfabetizadores, la máquina de coser en la cual se hicieron los brazales del Movimiento 26 de Julio en Gibara.

¿Y existe algún proyecto que no haya podido materializar?

Quisiera devolverle a Gibara la vida de su reloj público, pero es un poco complejo porque hay piezas gigantes que se deben

⁴ Dos años después de publicada esta entrevista, el 4 de agosto de 2019, se inauguró el proyecto cultural Casa de la Vitrola, ubicado en el boulevard de la ciudad de Holguín, entre las calles Luz y Caballero y Martí. Su propósito es preservar el patrimonio cultural material y musical de la nación cubana.

mandar a hacer en la Fábrica de Combinadas Cañeras KTP, y engranes por restablecer. Debe alquilarse una grúa para bajar ese mecanismo por la torre de la iglesia; y para renovar el cristal de la esfera de 20 milímetros de grosor, hay que encargarlo en La Habana. Todo eso lleva un presupuesto, mas he conversado sobre el tema y creo que este otro sueño mío podría hacerse realidad.

Las 27 000 fotos de Fidel*

Entrevista a Víctor Aguilera, historiador y coleccionista de fotos del Comandante en Jefe

Era solo un niño de 11 años cuando Fidel se le coló para siempre en el pensamiento. Hasta entonces, es probable que hubiese admirado al héroe vestido de verdeolivo, que hablaba largas horas en la televisión; pero aquel 6 de mayo de 1996, cuando lo vio saludar a la gente, mientras recorría una calle de San Germán, su pueblo natal, dentro de Víctor Aguilera Nonell comenzó a crecer la pasión por la Historia.

«Lo vi por casualidad, pues yo iba de la casa de mi mamá para la de mis abuelos. Ese día, Fidel había ido al central Urbano Noris y, cuando salió, todo el mundo se aglomeró para saludarlo. Todavía hoy cierro los ojos y me acuerdo, minuto a minuto, de cada detalle, hasta que el Comandante en Jefe se montó en el carro y se fue. Después tuve la posibilidad de verlo en varias ocasiones: en el congreso nacional de la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM) estuvimos 11 horas con él, y el 28 de enero de 2002, a la hora del almuerzo, se acercó a la delegación holguinera y conversamos sobre la industria azucarera. Pero esa vez en San Germán fue determinante», comenta Víctor, quien se desempeña como profesor auxiliar del departamento de Historia de la Universidad de Holguín.

Aquella visita del líder de la Revolución le despertó la motivación para coleccionar y estudiar sus fotos. Esa pasión transitaría de un proyecto personal a la responsabilidad de organizar las imágenes que atesora la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado.

* Publicada el 11 de agosto de 2018 en el diario *Juventud Rebelde*.

No es extraño que aquel encuentro avivara la llama del investigador que se escondía en el niño, pues, según cuenta, su familia siempre estuvo muy vinculada con la historia: «Mis abuelos fueron miembros del Auténtico (Partido Revolucionario Cubano) y después, del Ortodoxo (Partido del Pueblo Cubano). En mi casa se guarda hasta el último papelito, y hay más de 3 000 libros de historia de distintas temáticas».

En la actualidad, la colección personal de fotos de Fidel que Víctor ha logrado recopilar, estudiar y organizar contiene 27 200 imágenes en formato digital, de 110 fotógrafos, entre cubanos y extranjeros. Posee, además, una carpeta aparte con más de 133 gigas de fotografías diferentes de las que ya ha logrado identificar, porque todavía no ha podido saber la fecha exacta y la actividad a la que pertenece cada una de ellas. Ese trabajo, que ha ocupado los últimos 22 años de su vida, no solo implica pasión, sino también muchísima paciencia y la ayuda de no pocos familiares, amigos y hasta desconocidos.

Víctor guardaba todas las fotos que salían en los periódicos. Las recortaba y las iba almacenando en libros de dibujos, en guías telefónicas, siempre aclarando la actividad y la fecha. «En ese formato llegué a tener casi 15 000 fotos de periódicos y revistas, en casi 14 años, hasta que terminé la universidad, en 2009».

Y llegó la era digital... ¿cuánto influyó en tu colección?

El papel del periódico coge hongo muy fácilmente, entonces la foto empieza a echarse a perder, sin contar con que no siempre tiene la mejor calidad de impresión. Me gradué, comencé a trabajar en la Universidad y, con el acceso a las tecnologías, empecé a hacer búsquedas en medios de prensa nacionales y extranjeros que me abrieron la posibilidad de renovar las fotos. Cuando encontraba una que tenía impresa, sustituía la de menor calidad.

Al inicio, un tío abuelo compraba el periódico y me lo llevaba a la casa porque yo no tenía suscripción, pero cuando se dio a conocer mi trabajo, muchos amigos, como el historiador Abel Sastre, de Puerto Padre, y Delio Orosco, de Manzanillo, entre otras muchas personas, decidieron colaborar conmigo.

¿Qué metodología sigues para identificar las fechas y los hechos de fotos que te brindan las personas?

Siempre trato de que quien me ofrezca la foto, también me brinde información sobre ella. En muchos casos, son imágenes que han pasado de generación en generación y he tenido que ayudarles a hacer el reconocimiento, por características físicas del Comandante o del lugar donde ha estado. En otras oportunidades, los dueños me han dado los detalles, e incluso los propios fotógrafos. De todas maneras, siempre las compruebo, pues he hecho un catálogo de características que me llevan a saber el período más o menos exacto en que se tiró la foto.

¿Cómo es eso?

Por ejemplo, en todos los actos por el 1ro. de Mayo —a no ser el de 1963, porque visitaba la entonces Unión Soviética— estaba en la Plaza de la Revolución en La Habana. He ido buscando cuáles eran las gigantografías en cada uno de esos actos. Ese es un elemento para tener en cuenta el año, ya que las instantáneas se parecen mucho.

Supongo que para enfrentar ese tipo de investigación hayas tenido que recurrir a alguna preparación general sobre fotografía...

Este es un aspecto que hoy, como historiadores, tenemos que replantearnos. En la universidad no recibimos ninguna preparación sobre fotografía. Es más, los historiadores cubanos trabajan muy poco esta especialidad. La ven como un medio auxiliar

para investigar la historia o como parte de los anexos de los libros, no como una fuente esencial.

Sin embargo, cuando analizo la colección de fotos de Fidel, me doy cuenta de muchos aspectos que no se pueden encontrar en ningún documento. Por ejemplo: quiénes eran las personas que estaban a su lado, con quién se movía. Al inicio de la Revolución hay un gobierno provisional revolucionario; pero Fidel se mueve con la gente del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que son de su verdadera confianza. Me doy cuenta de eso gracias a las fotos.

A partir de este estudio que realizo, sí he tenido que empezar a analizar la fotografía como parte esencial de la información histórica. De hecho, es un tema que estamos valorando para que se convierta en mi tesis de doctorado: el análisis de la fotografía histórica partiendo del análisis de las imágenes de Fidel Castro. La propuesta es un catálogo de características que se deben tener en cuenta para saber a qué período pertenecen.

¿Cuáles son esas características que incluyes en el catálogo?

Fundamentalmente características físicas de la persona, las cuales permiten apreciar cómo fueron envejeciendo; quiénes se movían alrededor de él (personal de apoyo y seguridad, por ejemplo), elementos de la ropa, los tipos de tribunas, las gigantografías, los medios de transporte... Son una serie de especificidades que habría que buscar para distinguir cada etapa de las personalidades históricas, y cerrar la búsqueda.

¿Y qué rasgos particulares ya has determinado?

Primero busco el uniforme. En la Sierra, Fidel usó un grado de Comandante en Jefe del Ejército Rebelde solamente

de 1957 hasta el 31 de diciembre de 1958. Del 1ro. de enero de 1959 al 16 de enero, su uniforme no tuvo ningún tipo de grado. A partir de ahí, comenzó a usar solamente el rombo, sin las hojas de encina y de laurel. En las fotos de enero de 1974, durante la visita de Brézhnev a Cuba, fue donde primero le vi el grado con las dos ramas; lo utilizó hasta el acto del 26 de julio de 2006, en Holguín.

Después volvió a salir vestido de militar en dos ocasiones: el 3 de septiembre de 2010, en la Universidad de La Habana, sin grados militares, y el 28 de septiembre, para el aniversario 50 de la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). La única diferencia que hay entre ambas fechas es que en la última ocasión usaba una gorra con una estrella. Es la foto de Roberto Chile que se ha difundido mucho.

Cuando he analizado el uniforme, paso al estudio de las características físicas. Las canas en la barba me van señalando un período, al igual que el rostro. Luego, paso a investigar a las personas que lo acompañaban. Por ejemplo, el Che estuvo desde la Sierra Maestra hasta 1965, y Camilo hasta octubre de 1959. Otros elementos importantes son los carros y los aviones.

¿Qué es lo más difícil de ese trabajo?

Hay una gran cantidad de fotografías que no tienen el nombre o el cuño del autor. Las de la prensa de los primeros años después del triunfo de 1959, sobre todo las que aparecen en la página titular del periódico *Revolución*, no lo llevan. Lo mismo sucede con las publicadas en la revista *Verde Olivo*. Lo más difícil es eso: determinar el fotógrafo.

De hecho, he visto que nos han pirateado muchas fotos. Hago búsquedas casi a diario en Internet, pues es la mayor fuente de información. Ahí me encuentro muchas de Korda o

de Liborio Noval, por ejemplo, que he tenido la posibilidad de ver en la Oficina de Asuntos Históricos, donde está la foto original con el cuño del fotógrafo, y en Internet aparecen con el nombre de otras personas.

¿Cómo lograste el acceso a las fotos de la Oficina de Asuntos Históricos?

En el 22 Congreso Nacional de Historia, que se realizó en 2016 en Holguín, presenté una colección de fotografías muy parecida a la que se va a inaugurar el día 13 en el Memorial José Martí⁵ de La Habana, en homenaje a Fidel. Entonces, los compañeros de la Oficina de Asuntos Históricos solicitaron que fuera a trabajar con ellos en algunas ocasiones, que les aportara ideas, y me dieron la posibilidad de analizar sus fotografías. A partir de ese momento, comencé a viajar a La Habana cada tres meses. Me paso dos semanas laborando y reconociendo las fotos. Ahora mismo estoy donando mis vacaciones para adelantar.

¿Cuánto cuidado demanda ese tipo de fotografías?

No se pueden doblar, ni escribir sobre ellas. Aunque están en muy buen estado de conservación, los sobres que las contienen no deben sobrepasar las diez fotografías para que su peso no las vaya a pegar. Igualmente, trabajamos con guantes, batas y nasobucos, para evitar los ácaros y no mancharlas con las manos y el sudor.

De entre las miles de instantáneas que has analizado, ¿cuáles te han cautivado más?

Las que no estamos acostumbrados a ver. Me gustan las fotos del ser humano, ese que se salía de lo que estaba plani-

⁵ Se refiere a la exposición que se inauguró el 13 de agosto de 2018, con motivo del cumpleaños 92 de Fidel Castro.

ficado y saludaba al pueblo, hablaba con cualquiera, iba a una pesquería, se bañaba en una playa, bajaba de un helicóptero a conversar, llegaba a una escuela para preguntar las más disímiles cosas.

Esas dan una visión más completa de su vida, de su genialidad de estar en el momento y en el lugar donde el país lo necesitara, llegar a donde estuvieran los problemas, no dejar que se lo contaran. Por eso, lo mismo aparecía en una escuela, que en un campo agrícola, que en 11 zafras consecutivas cortando caña. Es el liderazgo tan grande que tenía, porque era el hombre que empujaba a las masas con lo que hacía. Eso lo recoge la fotografía del momento.

Si revisamos la prensa, nos damos cuenta de que la mayoría de las imágenes publicadas son de actos, pero allí Fidel conversaba con la gente, se movía; y lo que más ha quedado son las fotos en las tribunas, a veces tan cerradas que ni siquiera brindan mucha información a los estudiosos como yo.

Con solo 33 años, parece como si este joven investigador aún no se conformase con los detalles que ha develado, foto a foto. Debe ser porque está plenamente convencido de que una indagación como la suya resulta inagotable.

Por lo pronto, planea publicar un libro donde pueda compartir cuanto ha conocido acerca de la relación del Comandante en Jefe con los holguineros, basándose, sobre todo, en la visión de quienes interactuaron con él durante sus visitas al territorio, y auxiliado por las fotos que conoce tanto como las de su propio álbum familiar.



YO CONOCÍ A FIDEL

**COMPILACIÓN DE ANÉCDOTAS Y VALORACIONES SOBRE EL LÍDER
DE LA REVOLUCIÓN CUBANA**

Wilmer Rodríguez Fernández

Yo conocí a Fidel es un viaje al mundo personal del líder de la Revolución Cubana, a su carácter, a su arquitectura ética y moral, a sus alegrías, angustias y sueños, a través del testimonio de personas que lo quisieron mucho.

249 páginas, 2021, ISBN 978-1-922501-16-1

Con el corazón insobornable*

Entrevista al trovador Fernando Cabrejas

Aunque él mismo se haya autodefinido en una de sus canciones como «un testarudo, un tipo torpe, algo bohemio, medio loco, que siempre está fuera de foco», el trovador holguinero Fernando Cabrejas es mucho más.

Según su coterráneo, el escritor José Luis Serrano, es «un autor imprescindible en cualquier antología de la canción cubana, por más exigente que esta sea. Dueño de un repertorio extenso y sólido es, sin embargo, el trovador menos conocido de su generación».

Por su parte, el cantautor Silvio Rodríguez redondeó su esencia con un sintagma brevísimo, pero sustancioso, «Cantor de la familia», el cual dejó escrito en la deteriorada guitarra con que Cabrejas cantaba, en 1989, un fragmento que nos va descubriendo su estilo: «Lluvia, qué nube te parió esa madrugada / que me encontraste solo con mi amada / tendido en una hoja / como cama».

No puede ser «un tipo torpe y loco» el mismo que observa detenidamente a su país y, preocupado por algunas circunstancias, escribe uno de los temas donde las referencias a la historia, a la ética martiana y a la realidad del cubano dejan una alerta clara, aunque simbólica, en *Ojo con la Patria*: «No podemos seguir en lo mismo / ni a estas alturas jugar con Martí / Cuide-mos estos campos / salvemos la cosecha».

* Publicada el 7 de noviembre de 2018 en el diario *Juventud Rebelde*.

Mucho de su prestigio como cantautor se lo debe, sobre todo, a esa persistencia tan suya de defender aquello en lo que cree y convertirlo en música, con una estética que no le pidió prestada a ninguno de los artistas de su generación.

«Me mantengo fiel a esa canción de barricada, con una mirada profunda hacia algunas cosas que conspiran contra el buen desarrollo del país. Soy frontal con eso. Hago llamados de advertencia, me arriesgo, sugiero otras ideas para seguir desarrollándonos como nación y como seres humanos. Creo que, a estas alturas, es muy difícil que haga concesiones». ¿Cómo se traduce esta última afirmación?, le pregunto.

«Que no me he “vendido barato”, como dice mi canción *Fuera de foco*. No he querido, por estar colocado en un lugar determinado, hacer canciones que no me satisfagan a mí mismo. Ellas tienen que gustarme a mí primero, porque deben mantener una estética relacionada conmigo. En ese sentido, no he hecho concesiones».

Entonces le sugiero:

—Quizás esa sea una de las razones por las cuales aún no tengas un disco, cuando vas a cumplir 40 años de vida artística...

«Para que avance rápido tu carrera debes renunciar a muchas cosas. Yo no quise prescindir ni de mi familia ni de mi vocación de padre. No opté por irme para La Habana porque no creí que fuese oportuno dejar atrás a la familia. Por otro lado, no considero malo ser el promotor de tu propia música, pero uno no puede ser el creador, el director artístico, el que hace la propuesta para la disquera... Pienso que ellas son las que deberían recorrer el país, moverse, cazar talentos. Es cierto, tal vez por eso no tenga todavía un disco», responde.

Conocido por muchos intelectuales y seguidores holguineros como «el cacique de la trova», Cabrejas reúne ya más

de 120 temas escritos por él. De entre todos, la Egrem [Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales] grabará, finalmente, los más populares en los estudios Siboney para conformar el CD *Cuando todo coincide*. Será un verdadero regalo para la música cubana y para quienes prefieren «la canción poética, con fundamento; la canción con alas, como la llamó Noel Nicola, que es esa que nos permite volar en muchos sentidos», explica.

La impronta de este artista de pueblo, conversador empedernido e inquieto tomador de café, no se ha limitado a su peña Alta marea (con casi 20 años de creada en el municipio de Moa), patrocinada por Artex, o a Álbum Café El Chorrillo, de la Egrem. Evaluado como asesor y director de programas de radio, también se desempeña como locutor de su propio espacio: Una canción necesaria, que sale al aire cada domingo, de 6:00 a 7:00 a.m., por la emisora provincial Radio Angulo, con el propósito de promocionar y difundir la canción de autor de habla hispana.

«La radio es una escuela grande. Me enseñó el poder de la síntesis, de visualizar las imágenes un poco más rápido, a través de los sonidos. Gracias a ella, mis canciones son breves, como pequeñas crónicas o viñetas. Debido a la radio, hoy me identifico con esa forma de crear», afirma el artista que, graduado de Historia de Arte de la Universidad de La Habana, regresó a Moa en busca de trabajo, guiado por la estratégica sugerencia de la cantautora Edelis Loyola. Ella, uno de sus amores de juventud, luego se convertiría en su compañera de toda la vida.

Hoy, a la vuelta de casi cuatro décadas, Cabrejas se mira en el espejo de su pasado y no encuentra muchas diferencias con el presente: «Me veo igual, en el sentido de que no he perdido las ganas de ser sincero conmigo, y de que me gusta nutrirme de la voz del pueblo. Yo soy un trovador o cantor popular, ya

crecido, que ha madurado, con otras necesidades de expresión. A veces mis amigos me exigen porque no ando tan bien vestido como creen que debe hacerlo una figura pública, pero yo sigo siendo un hombre normal. Eso sí, un poco entrado en años».

Debe ser por esa certeza del «hombre normal», alejado de cualquier envanecimiento, que a la dirección del teatro Comandante Eddy Suñol le haya tomado casi año y medio lograr que Cabrejas asumiera totalmente el hecho de obsequiar a los holguineros con el primer concierto de su vida «a gran escala».

El acontecimiento, que inició las celebraciones por sus 60 años de vida y los 40 dedicados a la trova, tuvo lugar el 3 de noviembre, con el nombre de una de sus canciones más populares: *Fuera de foco*. Gracias al trabajo de dirección y al carisma de Cabrejas, más que un concierto, constituyó una ampliación de sus peñas, en el que el trovador departió con importantes jóvenes músicos holguineros, y el público no se cohibió de corear, solicitar temas e, incluso, emitir halagos.

Después que se cerró el telón, Fernando Cabrejas, autodefinido como «un poeta amparado en una guitarra», respiró hondo, guardó los aplausos en el pecho y se dispuso, otra vez, a desandar las calles holguineras como un ciudadano cualquiera, con el oído atento a frases que le despierten la musa, y con ese «corazón insobornable que no acepta ningún trato».

Un hombre terriblemente feliz*

Entrevista al periodista Rubén Rodríguez

A veces lo veo reír con esa aparente inocencia de muchacho bueno, y creo que nació para hacerles la vida más feliz a quienes le rodean, o para ayudarles a percibir, a través de sus historias, la verdad de la belleza.

A sus 50 años, con una veintena de títulos publicados, una columna fija en el semanario provincial ¡ahora! y el cabello salpicado de plata, Rubén Rodríguez González se ha vuelto un hombre interesante. Habrá cientos de razones que lo justifiquen, todo depende del ángulo desde el cual se mire. Puede que su extraña timidez resulte llamativa, o la palabra perspicaz, o su finísimo sentido del humor. Pero en el año en que llegó a las cinco décadas, el Premio Alejo Carpentier en el apartado de Cuento provocó que todas las miradas se volvieran hacia este hijo del campo, que se convirtió en periodista hasta que estuvo listo para transformarse en narrador. Alguna vez me aseguró que se sentía más periodista que escritor, pero de eso ha transcurrido ya un buen tiempo. ¿Sostendrá hoy la afirmación de entonces?

Soy escritor y periodista porque parte de mi formación como narrador nació del periodismo, el cual enseña técnicas de escritura, brinda vivencias y mata el miedo a la página o a la pantalla en blanco. Además, me ha permitido viajar, conocer personas, ser testigo de hechos determinados...

* Publicada el 2 de marzo de 2019 en el diario *Juventud Rebelde*, a propósito de anunciarse el premio Alejo Carpentier (del cual resultó ganador en la categoría de Cuento), en la Feria Internacional del Libro de La Habana.

¿De un reportaje te ha nacido alguna historia de ficción?

A finales de los noventa hice varias entrevistas, por encargo del periódico, a unas jóvenes que ejercían la prostitución. Luego se convirtieron en personajes de una novela y de algunos cuentos. Las experiencias de esas muchachas, incluso sus fisonomías, me ayudaron a construir uno o varios personajes.

¿Cuánto se parece el Ernesto de El Garrancho de Garabulla, que también es escritor, a Rubén Rodríguez?

Mucho, porque entre mi vida y la del personaje de ficción hay bastante en común. Hasta las reflexiones literarias que hace Ernesto son mis propias convicciones sobre la creación. Incluso, características del personaje como la inseguridad, su timidez natural, el modo en que lleva la familia, las relaciones afectivas, lo relativo a la paternidad, la confianza en el ser humano..., todo tiene que ver con mi propia manera de ser; igual que hay personajes del mundo de Garabulla que parten de recuerdos de mi infancia.

Aunque el lugar donde crecí, Floro Pérez, es un pobladito, íbamos mucho al campo. Detrás de esas historias están los olores, sabores, texturas, sensaciones, emociones, que se conservaron para estar en esos libros.

Eso explica por qué el campo es como un leitmotiv en tus libros infantiles.

La literatura para niños a veces es demasiado urbana y se olvida un poco que el alma de la nación está también en los pequeños entornos rurales. Yo veo el campo, más que como un sitio, como un símbolo de la patria.

¿El hombre que eres sería diferente si no hubiese crecido allí?

Voy a citar un texto mío de la saga de Leidi Jámlton, en el que la protagonista dice: «Las cosas que más me gustan en el mundo son tales porque quizás en otro mundo me gusten otras cosas». No puedo decirlo, ni adivinar; creo que lo interesante de la vida es que en cada circunstancia tomes una decisión determinada. Si viviera otra vida, sería otra cosa, para probar cómo es.

Tengo una curiosidad natural que me lleva a buscar, a intentar variantes y a nunca dejar de deslumbrarme. En todo esto hay un crecimiento donde se conservan, como islas, estas experiencias de infancia y adolescencia; además de otras circunstancias que he vivido y que habitan en otras zonas de la literatura que hago.

¿Tus personajes te ayudan a ti como persona?

Ayudan a sacar facetas de mi personalidad. Puedes ventilar una duda, un comportamiento, un asunto particular, a través de un personaje; puedes exorcizar demonios a través de un cuento. Más que buen escritor, yo quiero ser una buena persona. Algunas historias personales han sido convenientemente recicladas para convertir el revés en victoria.

En cuanto al humor, ¿te lo impones o te resulta innato?

Crecí entre personas con mucha vitalidad, inteligencia natural y el don del sentido del humor. En lo personal, no soy trágico y me abruma la solemnidad. Uso el humor como arma para enfrentar la vida de todos los días. En mayor medida, el humor está presente en mi literatura infanto-juvenil, porque creo que debe ser intencionado y el mensaje llega mejor si se dice con risa, de una manera divertida. Tiene que ver con el estilo.

¿Y el sexo y la sensualidad?

El ser humano se mueve entre lo erótico y lo tanático. No creo que el sexo sea un tema tabú si cuentas bien la historia. Trato de estilizar, intento una elegancia en el lenguaje. No busco lo procaz ni lo grosero. Me interesan el erotismo, las sensaciones, el cuerpo, las texturas, los olores, la belleza. Claro, no todos los sexos que aparecen en mis textos son gozosos. A veces es solo un paréntesis en medio de una historia trágica, que le da un poco de respiro al personaje o que reafirma el sentido fatal de esa relación, como es el caso del cuento *El vecino*, en el que dos personas tristes, ya maduras, deciden compartir sus cuerpos. Ese es su modo de salvación, que dura solo ese pedazo de noche. Esta visión está en el libro *Los amores eternos duran solo el verano*, bajo el sello de Letras Cubanas, que está a la venta en esta Feria.

¿Qué otros textos tuyos podemos encontrar en la Feria?

Está la reedición, después de 12 años de publicada por primera vez, de la novela para niños *El Garrancho de Garabulla* (Ediciones Holguín), y también *La retataranieta del vikingo* (Editorial Oriente), texto en el que aparecen fragmentos de los libros anteriores sobre el Garrancho, y que constituye la cuarta parte de la serie. Creo que, de la saga, esta es la novela más completa, estilística y técnicamente hablando. Es un libro sobre padres e hijos, el perdón y la reconciliación.

¿Por qué no te consideraste un verdadero escritor hasta casi los 30 años?

Empecé tardíamente. Mis pininos literarios en serio fueron en 1999, cuando gané el Premio Celestino de cuento, con un texto al que no le tenía ninguna fe. No me consideraba capaz de

producir textos literarios de ficción decorosos, a la altura de los libros que estuve leyendo desde los cuatro años.

Pasaste el curso del centro Onelio cuando ya tenías cinco libros publicados. ¿Por qué optaste entonces por el taller?

Porque sentía que necesitaba el conocimiento de las técnicas narrativas. Eso te da conciencia de la literatura propia y de la ajena, y adquieres recursos como autoeditor. Estoy tremendamente agradecido al Taller de Técnicas Narrativas del centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso, y especialmente a Eduardo Heras León. Ah, y un detalle: gané el Premio Galeano y con ese dinero compré una computadora.

¿Qué supone para un autor prolífico el Premio Alejo Carpentier?

Este tipo de premio sirve como confirmación de la validez de lo que estás creando. En ocasiones puedo sentirme un poco inseguro respecto a mi obra. Un premio de esta índole devuelve esa fe en lo que estás escribiendo. *El año que nieve* significa otro derrotero literario, una variación de estilo, otra manera de decir las cosas. Quizás lo que ha cambiado no es la circunstancia, sino la mirada del escritor hacia el mundo que le rodea.

¿Eres de los escritores que se inspiran en la tristeza para poder escribir?

Acepto y entiendo al que solo encuentra la inspiración en la angustia y el conflicto. Yo, en lo particular, no puedo escribir una línea si no me siento terriblemente feliz.

¿Por eso es que has estado tan creativo últimamente?

—Sí — dice, y se echa a reír.

El amor habla al oído*

Entrevista a los holguineros Irela Casañas y Hugo González

La sala oscura se ilumina con cada salto de escena en la gran pantalla. Cuando eso ocurre, aun desde las sillas posteriores, se adivina el romance. Ella, de cabellos rizos rebeldes; él, también con una cascada de pelo que se desparrama por el espaldar.

La muchacha le susurra algo al oído; el joven asiente sin mover los ojos de la pantalla grande. Hay una complicidad *sui generis* entre estos dos amantes que cuchichean tanto en sus butacas. Parece que hablan más de lo que ven. Ruedan los créditos, encienden la luz y ahí está ella apretando su mano izquierda, evitándole tropiezos entre la multitud que sale del santiaguero cine Cuba.

Ella se llama Irela Casañas Hijuelos, estudia Sociología y no es discapacitada. Él es Hugo González Diéguez, futuro psicólogo, e invidente debido a una retinosis pigmentaria que padeció cuando era niño. Son holguineros y viven los duros años noventa en la Universidad de Oriente. Cuando pueden, se escapan al cine o a algún concierto en la Sala Dolores.

«Por aquella época se estrenaban las películas de Almodóvar y ella siempre me las describía», dice Hugo, como quien rememora pasajes de una vida que agradece. Han pasado 22 años, ya

* Publicada el 13 de febrero de 2020 en el diario *Juventud Rebelde*. Irela Casañas es escritora y editora, y Hugo González es psicólogo y escritor. Ambos conforman una pareja que ha resistido a las incompreensiones y los prejuicios por más de dos décadas.

no lleva el pelo largo, pero no olvida las palabras de Irela en su oído: «Eran esos otros ojos que hacen falta para disfrutar de una buena obra de arte».

Lo que me gusta de ti

Cuando se conocieron, Irela comenzaba su primer año y Hugo estaba en tercero. Compartían el gusto por el rock y la literatura, tenían amigos comunes y coincidían en la Peña de los Raros.

«Las primeras cualidades que me atraieron de él fueron la frescura de su carácter, su positividad, su espíritu tan guerrero, pero a la vez tan ético, generoso, que enfrentaba la vida con mucha paz y valentía. Por eso comencé a admirarlo y la amistad fue derivando en amor. Sin ningún tipo de prejuicio, no se limitó para decirme que me amaba. Yo tampoco me autolimité y dejé nacer aquello», cuenta Irela, y sus palabras emergen cual melodía.

Él, que la escucha, asegura que lo enamoró «su sensibilidad, su inteligencia, su alegría, y también su naturalidad, las ansias de conocimiento y de experiencias vitales». No podía verla, y aun así la veía.

El amor y el físico

No fue amor a primera vista. Lógicamente. Hugo ni siquiera la había tocado nunca para saber cómo era, pero su voz y su personalidad lo hechizaron:

«Decía Saint-Exupéry que lo esencial es invisible a los ojos; que no se ve bien sino con el corazón. Para mí, ante todo, el amor es simpatía, conexión entre dos almas que encuentran puntos en común. Su voz me gustaba mucho por agradable y femenina, sin recurrir a subterfugios para agradar. Y está

demostrado científicamente que el olor es importantísimo en la atracción. Eso, y nuestras afinidades, fueron fundamentales».

Miedos

Irela dice que no, que nunca tuvo temor, que «es la sociedad, con opiniones hostiles y etiquetas, la que te dice: “Mira, existe el miedo. Tienes que conocerlo”. Pero no lo tuve al dejar que fluyera la relación. Fue algo tan natural, tan bonito, que no nos cuestionamos nada y empezamos a crecer juntos, a disfrutar el uno del otro».

Hugo, en cambio, sí temía. Pero el suyo no era el miedo a los otros, a los cuestionamientos ajenos. Le asustaba la posibilidad del rechazo. «Cuando alguien te importa mucho, como ella me importaba a mí, pasa eso. Era muy importante que me aceptara y sintiera por mí lo que yo estaba sintiendo por ella».

La aceptación

Irela siempre fue una joven resuelta, libre como sus rizos, y juiciosa, segura. Tomaba en cuenta la aceptación de los suyos, pero no era eso lo que definiría el futuro de su relación con Hugo.

«En mi familia hubo un poco de temor, pero cuando se dieron cuenta de que nuestra relación iba muy en serio, de que yo no iba a desistir, comenzaron a aceptar mi decisión. Además, con el carácter de Hugo, su autenticidad y su espíritu noble y positivo, es imposible no quererlo».

Y lo admiraron. O mejor aún, lo admiran. Hugo lo agradece tanto como reconoce a sus padres por no haber representado nunca un obstáculo: «Siempre fui independiente. Ellos vieron ese paso mío como una muestra más de mi forma de ser, y me apoyaron».

Crecer juntos

En casa Irela le lee las películas subtituladas, y le describe las obras visuales cuando van a una exposición. Casi siempre andan juntos, salvo cuando ella se va a la editorial La Mezquita, donde labora, y él entra a su consulta como psicólogo clínico en el hospital Pediátrico Octavio de la Concepción, en la ciudad de Holguín.

Pero lo que más los une — además del amor — son las palabras. Ambos escriben. La pasión por la literatura es otro lazo, otro nexo, y les ha valido para impulsarse mutuamente.

«A Hugo le dediqué mi primer libro; aunque leía desde niña, él me ayudó a redescubrir la literatura y a empezar a escribir».

Irela ha publicado dos cuadernos de poesía y uno de ensayo. Tiempo atrás fue editora literaria en Ediciones La Luz, y su experiencia profesional ha sido vital también para él: «Por su labor, ella es una crítica implacable ante mis textos cuando tiene que serlo».

Hugo publicó un libro de poesía y tiene otro en proceso de edición. Dice que Irela no elogia sin motivo. Él la conoce y ella lo inspira: «Es mi más enconada crítica y, a la vez, mi mejor musa».

Prejuicios

«Muchas personas me han preguntado: “¿Ustedes son hermanos?”. No entienden cómo es posible que, con mi discapacidad, tenga una mujer tan bonita e inteligente. También me preguntan si ella es invidente o débil visual; pero no cabe dudas de que, ante los ojos de la sociedad, ella está más expuesta por ser mujer y porque no tiene la discapacidad».

La reflexión de Hugo es punzante. Para Irela, ciertamente, parece haber sido todo más difícil: «He sufrido acoso por parte

de hombres desconocidos que me han visto con él y me han dicho cosas desagradables. Pero lo que más me llamó la atención, al principio de regresar a Holguín, fue que algunas personas, supuestamente muy liberales por su labor cultural, me dijeran frases indirectas que denotaban prejuicio; aunque es importante aclarar que siempre hemos recibido muchas más muestras de amistad que de prejuicio».

La vida cotidiana, los celos, la confianza

«Tratamos de que la cotidianidad no signifique solo seguir vivos, sino que la vida sea bonita, diversa. Gracias al apoyo de su familia contamos con una casa propia, en la cual compartimos las labores domésticas. A él, por ejemplo, le queda muy bien el café, porque le da el punto exacto de azúcar que nos gusta a los dos. Yo a veces me paso un poquito», acepta Irela y sonríe feliz.

Hugo también ríe. Y los dos confiesan que tratan de leer, disfrutar de una película audiocomentada, y estar rodeados de amigos... pero juntos, siempre juntos, sin celos intempestivos, porque «denotan poca confianza en uno mismo. No somos celosos y esa seguridad nos protege. Para mí no es un problema que ella pueda mirar y que yo no lo advierta. Sé lo que valgo y lo importante que soy para ella».

Irela y Hugo

Caminan por las calles holguineras conversando, riendo, saludando... Van de la mano buscando la sombra, si la hay. Transmiten serenidad, y también algo poco común, difícil de traducir con palabras, que tiene que ver quizás con su forma de entender la vida.

«Nosotros enriquecemos la rutina: yo practico yoga y él hace los ritos tibetanos. Además de la literatura, le encanta el fútbol: es seguidor del Real Madrid», dice ella y Hugo añade otros ingredientes a una receta de amor que han ido perfeccionando durante más de dos décadas: «Irela y yo hemos construido una pareja sin secretos. Hay confianza, respeto y complicidad. Ella no solo es mi esposa: es mi compañera, mi cómplice. Nos amamos, pero también somos amigos».

Y la confesión los devuelve a aquel cine santiaguero de su juventud, donde ella le narraba la película en voz baja, mientras él sentía que el amor le hablaba al oído.

Los desvelos de un presidente*

Entrevista al doctor en ciencias Luis Velázquez

Al hombre que ocupa la presidencia hace tiempo que le cuesta dormir. Lo dice sin complejo alguno, sin temor, sin misterios. No es un secreto; tampoco un privilegio. No es un padecimiento físico, más bien el resultado de un estilo de vida que fue adquiriendo desde su juventud, cuando colocó en el centro de su labor y de sus preocupaciones a la investigación científica en pos de la salud humana.

Quienquiera que no lo conozca más allá de sus méritos académicos, investigativos, doctorales..., quizás no entienda por qué se le nota tan natural al ceder el paso, con una cortesía de hidalgo, antes de entrar o salir del ascensor que conduce a su oficina; por qué, cuando acepta conversar sobre la ciencia cubana y sus desafíos, no ocupa la silla detrás de un gran buró, sino que se sienta como en la sala de su casa, cómodamente, muy cerca del maestro Finlay.

Quienquiera que crea que el doctor en ciencias Luis Velázquez Pérez ahora tiene que ser irremediablemente otro, se equivoca. Él se niega a serlo, porque —alega— «siempre he conservado la persona que soy; no puedo transformarme en otro, ni por títulos ni rangos».

Sus amigos lo saben: quien asumió desde 2017 la presidencia de la Academia de Ciencias de Cuba (ACC), sigue

* Publicada el 29 de febrero de 2020 en el diario *Juventud Rebelde*. El doctor en ciencias Luis Velázquez Pérez es el presidente de la Academia de Ciencias de Cuba.

siendo el mismo hombre apasionado —hasta los límites de la obsesión— con la cura de la ataxia;⁶ el mismo revolucionario, soñador, enamorado... ahora con otras muchísimas responsabilidades.

Nunca soñó con vivir en La Habana. Vino, estudió, regresó a su tierra natal, volvió a la capital a superarse, retornó a su pueblo, vino varias veces más a recibir reconocimientos... Y un día, con el premio de Relevante con Distinción Especial entre las manos, y Fidel Castro delante felicitándolo y preguntándole sobre las ataxias hereditarias, supo que aquella suerte de vaticinio del líder histórico de la Revolución se estaba cumpliendo: él ya era un hombre de ciencia.

Pero aquello no había comenzado allí, en la premiación del Fórum de Ciencia y Técnica de 1998. Ni siquiera el día en que se graduó de médico y estuvo entre los más integrales del país del primer contingente de Ciencias Médicas Carlos J. Finlay, a quienes Fidel les entregó el título y los conminó a investigar, a resolver problemas de la ciencia cubana.

Hubo varias pistas anteriores: el interés por un grupo de ingenieros agrónomos que iban a la secundaria básica donde él estudiaba para investigar las plagas de la papa, y un libro que no podía pagar: *La quimioterapia de las enfermedades malignas*.

«Estaría ya en el preuniversitario cuando lo descubrí en la librería Pedro Rogena. El libro costaba 20 pesos y en esa primera etapa no lo pude comprar. Tiempo después, mi

⁶ La ataxia se caracteriza por trastornos del habla, pues los pacientes padecen de disartria de tipo cerebelosa, o sea, manifiestan un lenguaje silabeado y lento; presentan temblor postural, alteraciones de los reflejos osteotendinosos, trastornos importantes del sueño, de las funciones cognitivas, entre otras.

padre me lo regaló. Hoy todavía lo conservo», rememora Luis Velázquez.

Muchos años acumula el muchachito que corría descalzo por los senderos de Sabanilla de Damián, comunidad rural a poco más de 20 kilómetros de la ciudad de Holguín. Décadas han pasado desde el día en que llegó por vez primera, con el corazón a galope, hasta la escuelita primaria Antonio Moreno Osorio a recoger los libros para comenzar las clases, luego de que su padre lo iniciara en el mundo de las letras y los números mediante cartillas, a los seis años. Obvio que no es el mismo, pero mucho queda de él, y así lo recuerda.

«La escuela estaba a una distancia relativamente lejana de donde vivía. Por eso mi papá me regaló un caballo para que llegara con facilidad. Esa fue una etapa decisiva para mí, porque hubo una combinación en la enseñanza que recibí allí y la de esa otra escuela que fue mi familia», cuenta mientras la nostalgia se le dibuja en los ojos, un sentimiento que crece mientras rememora el legado ético de sus padres.

«Vivíamos en una casa muy humilde y mi madre nos hablaba siempre con el pensamiento puesto en el futuro. Era muy estricta y nos enseñó —a mi hermano y a mí— que las cosas había que hacerlas bien. Ella lavaba el piso de la casa que era de tierra con sus propias manos. Quedaba muy duro y limpio. Eso demuestra cómo era. Siempre nos incitaba a estudiar y a que, en todo lo que hiciéramos, quedara el sello de lo bueno», dice y se queda unos segundos en silencio, esperando a que los recuerdos y el nudo en la garganta lo dejen hablar. Entonces ofrece disculpas y continúa.

«Todo eso lo aprendí de ella y de mi papá que, desde que tendría yo como cinco años, me levantaba con él de madrugada

y me iba a la lechería a ordeñar las vacas. Mi padre me hablaba del valor que tiene la palabra del hombre, de no fallar a esa palabra, de esos valores que solamente se pueden inculcar en el seno de una familia».

El doctor Armando Gómez Taboada, brillante neurólogo habanero con fama de ser muy riguroso con sus estudiantes y con una fractura en el brazo derecho, examina al paciente, le hace preguntas, analiza el caso. Está en Holguín cumpliendo su servicio social, pero no puede abusar de su mano derecha. El joven Luis Velázquez, estudiante de 5to. año de Medicina, no pierde la oportunidad que le ha abierto la Facultad: escribe en la historia clínica, hace las recetas, lo ayuda en todo. La Neurología comienza a apasionarlo.

«Juntos hicimos un trabajo que se llamaba «Trastornos mnésticos (de las funciones cognitivas y de memoria) en los pacientes con ataxia hereditaria», porque él venía de una escuela que estudiaba las funciones cognitivas del ser humano. Fue en la década de los ochenta, cuando había un gran incremento de esa enfermedad en la región oriental. Fue mi primer vínculo con las ataxias hereditarias», recuerda.

El profesor Gómez Taboada termina su trabajo social en la Ciudad de los Parques y decide retornar a la capital, pero antes lo recomienda con otros especialistas de Neurología dedicados al estudio de la ataxia en ese territorio. Luis Velázquez, tras un intenso trabajo con pacientes y el intercambio de experiencias con numerosos doctores, decide escoger la especialidad de Neurofisiología clínica, que estudió en el capitalino Instituto Superior de Ciencias Básicas y Preclínicas Victoria de Girón —hoy Universidad Médica—, el Centro de Neurociencias de Cuba y el Instituto de Neurología de La Habana.

«Allí tuve la oportunidad de interactuar con el profesor Rafael Estrada González y el resto de los investigadores del campo de las ataxias y las neurociencias en general, además de los profesores Michel Valdés Sosa y Pedro Valdés Sosa, quienes incentivaron en mí el interés por la investigación científica. Por eso la tesis con la que me hice especialista se centró en el área de las ataxias hereditarias», afirma.

Ya casi todo está listo para volver a Holguín, pero en el Complejo Científico Ortopédico Internacional Frank País, de la capital, no quieren perderse su talento y le proponen trabajo. Contra cualquier pronóstico lógico, Luis Velázquez rechaza la propuesta y regresa a su tierra natal.

«Sentía un compromiso muy importante de volver a Holguín, porque mi padre y mi madre habían hecho un gran esfuerzo para que me superara y entendí que donde debía estar era al lado de ellos. Así que regresé y empecé a trabajar en el hospital pediátrico, inicialmente en el laboratorio de neurofisiología, donde me dediqué al estudio de niños con parálisis braquial obstétrica (lesión que tiene lugar como consecuencia del parto), y a los que tenían traumas craneoencefálicos, trastornos de conducta e hiperactividad», refiere.

Pero el estudio de la ataxia no había terminado, aunque las inquietudes científicas del joven Luis Velázquez tuvieron que combinarse con la construcción de su casa, los requerimientos de la investigación doctoral y el primer embarazo de su esposa. Entre tantas responsabilidades, se trasladó al hospital general universitario Vladimir Ilich Lenin, donde lo esperaban, en un nuevo laboratorio de neurofisiología, aprendizajes y desafíos relacionados con el estudio de problemas de columna cervical y lumbar previos a las cirugías espinales.

«En esa etapa me dediqué también al trauma craneoencefálico grave, para identificar factores pronósticos de la evolución y definir cuándo un paciente estaba en una situación mucho más grave a través del encefalograma, así como aplicar técnicas de potenciales evocados somatosensoriales para explorar el daño al nivel del cerebro y seguir trabajando el área de la ataxia», relata, y recuerda cómo empezó a ganar premios en diferentes eventos hasta el Fórum de 1998.

Poco tiempo después llegaría una de las mayores misiones de su vida profesional: el liderazgo del proyecto de investigación de la ataxia en Holguín.

«Para darle respuesta a una orientación del Partido en la provincia, realizamos un estudio epidemiológico en todo el territorio, con el fin de evaluar la magnitud de la situación. Eso marcó un antes y un después, porque encontramos a muchas familias que tenían la enfermedad.

»Gracias a ese estudio, determinamos los problemas sociales que poseían aquellos pacientes y se generaron una serie de políticas públicas, sobre todo relacionadas con la construcción de viviendas, la entrega de electrodomésticos y la vinculación de los niños con círculos infantiles para que fueran atendidos de forma especial», explica.

Así comenzó en Holguín una etapa más integral de atención a las personas que padecían ataxia hereditaria, con Luis Velázquez (ya especialista de Segundo Grado en Neurología Clínica) al frente del Centro para la Investigación y Rehabilitación de las Ataxias Hereditarias (Cirah), enfermedades neurológicas calificadas entre las más crueles a lo largo de la historia de la humanidad, pues, como él mismo refiere, «en el siglo XVIII las personas con este padecimiento eran consideradas como embrujadas y condenadas a la muerte».

Llegaría una etapa exitosa para el Centro, no solo porque atendía a pacientes de toda Cuba —que poseía la mayor cantidad de casos en todo el mundo—, sino porque comenzaron a desarrollarse ensayos clínicos, se graduaron sus primeros doctores en Ciencia, establecieron colaboración con diferentes instituciones extranjeras y se les abrió la posibilidad de publicar en revistas de alto impacto. Para tanta superación había un método, que el ahora presidente de la ACC insiste en defender: la integración.

«Mi experiencia está en eso, en lograr aunar esfuerzos y en que todo funcione de manera integral. Desempeña un papel fundamental la conformación de un equipo dominado por la motivación», afirma y seguidamente recuerda la comprensión de Fidel sobre la necesidad de ayudar a los pacientes y el apoyo con financiamiento para el equipamiento del centro.

No se le ve incómodo, apurado, evasivo, a pesar de todas sus responsabilidades. Habla en períodos largos, sin exceso de terminologías incomprensibles que habitualmente hacen poco potable a la ciencia. Hemos dialogado mucho sobre su historia profesional, sobre el proyecto que ha ocupado su vida, todo lo cual explica por qué asume ahora un encargo mayor. Se impone entonces hablar de los retos actuales, esos que también le provocan desvelos.

¿Cómo resumiría el trabajo que se desarrolla hoy al interior de la ACC?

La idea es darle continuidad a la labor que se venía realizando. La ACC está conformada por casi 400 académicos del país y 27 extranjeros. Por eso incorporamos a nuevas personas, para fortalecer el trabajo en la institución física y atender con mayor efectividad todas las cuestiones que nos competen.

Le damos prioridad a la creación y fortalecimiento de las filiales provinciales, de las que formarán parte otros científicos con relevantes méritos que pudieran ser académicos en el futuro.

Estamos llamados a pensar en cómo diseñar la nueva ACC de esta etapa, porque de la manera en que la tenemos en estos momentos es muy difícil cumplir todas las expectativas. La ACC tiene que ser ese verdadero consejo científico transversal a todos los ministerios. Por eso el mayor reto está en la integración.

¿Qué papel desempeñan los jóvenes en estas nuevas proyecciones de trabajo?

Esta es la única del mundo que tiene dentro de su membresía la categoría de jóvenes asociados a la Academia de Ciencias. Se trata de los menores de 35 años que tienen un destacado trabajo en la producción científica en el país y que son parte imprescindible de nuestra labor.

Pero todavía se necesita incentivar más a los jóvenes científicos, comprometerlos y motivarlos en diferentes proyectos, en cada una de nuestras instituciones y centros de investigación. Por eso es tan importante la integración de las Brigadas Técnicas Juveniles, del Fórum y de las mismas organizaciones que aglutinan a los jóvenes.

Pero la juventud no siempre encuentra apoyo y posibilidades de superación, de intercambio internacional, frente a científicos ya consagrados...

Es cierto, y es imprescindible que las personas con mayor experiencia en el campo de la investigación sean capaces de entender que es preciso lograr que los jóvenes sean mejores que

nosotros. Eso tiene que ver mucho con los valores y con la capacidad de compartir los saberes. El egoísmo no debe ser propio de un científico cubano, pero existe y habrá que ir quitando esas barreras para que se pueda avanzar.

¿Cuál podría ser la fórmula para lograr la integración en el campo de la ciencia en Cuba?

De momento tratamos de motivar un pensamiento más colectivo, para que se liberen las islas que a veces existen en el complejo mundo de la ciencia, y de que todos nos integremos en una fuerza, que es a lo que estamos llamados por la máxima dirección del país, porque todos tenemos el interés común de que Cuba se desarrolle. Hay cuestiones de burocracia que tenemos que vencer y debemos enfrentar conflictos, pero podemos lograr la ACC que este país necesita.

¿De qué manera explicarles a los decisores en cada área de la economía que la ciencia debe ser la «locomotora del país»?

Ante ese llamado del presidente cubano, lo fundamental es tener claro que los fenómenos complejos de hoy no se resuelven si no se aplica el método científico. Por lo tanto, se tiene que desarrollar esa cultura científica y no consiste solamente en que los investigadores participen en equipos multidisciplinarios y sean asesores de cuanto se vaya a realizar, sino en el conocimiento de la población en sentido general.

Ante tanto quehacer en la ACC, ¿cómo encuentra tiempo para estudiar las ataxias y seguir atendiendo a pacientes?

A veces las personas no imaginan el impacto que puede tener una leve mejoría en los pacientes con ataxia, enfermedad incurable hasta ahora. Ayudarlos también desde La Habana ha sido una especie de soporte para mí, una inspiración en medio

de esta tarea compleja que tiene la ACC como institución asesora y consultiva del Estado, adscrita al Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente.

Sí lleva un sacrificio extraordinario, porque debo trabajar en horarios extra, pero me reconforta ver su mejoría y también el hecho de haber podido abrir un área de rehabilitación en el capitalino hospital clínico-quirúrgico docente Comandante Manuel Fajardo; además de colaborar con el Centro de Neurociencias de Cuba, el Instituto de Neurología y Neurocirugía y el Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología, aunque la semilla de toda esta pasión está en el Cirah.

Y su familia, ¿cuán determinante ha sido en su labor científica?

De no ser por mi familia, no hubiera podido consagrarme a la investigación y a la sociedad, partiendo desde mis padres, con su apoyo desde la infancia; pero también gracias al de Cira, mi esposa, y al de mis hijos, Karina y Frank Luis. Ellos han sido capaces de entender, por ejemplo, que en vez de estar departiendo en una actividad festiva, he debido estudiar o investigar.

Cuando mi esposa estaba embarazada de Karina, hospitalizada en la sala de maternidad, yo alternaba para cuidarla, pero seguía trabajando abajo, en el laboratorio de neurofisiología. El hecho de entender, de ayudarme, de estar al tanto de todo, ha significado para mí que, dentro de los conflictos de la ciencia, Cira sea, además del amor, la calma. La familia es trascendental para un científico. Si no está la familia, no se puede avanzar.

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

 **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.



PUNTO DE VENTA

San Rafael y Galeano.

Corazón de guerrero*

Entrevista al médico internacionalista Jorge Luis Quiñones

Son las 2:00 a.m. en Cuba. En Lombardía, Italia, el doctor Jorge Luis Quiñones Aguilar, especialista de 2do. grado en Medicina General Integral, recién acaba de despertar. Ha puesto a hacer café en su habitación y está derritiendo un huevo de Pascua, regalo de agradecimiento de los italianos, para hacer su chocolate de desayuno. Su reloj marca las 8:00 a.m.

A esta hora Jorge Luis normalmente no habla con sus familiares por Internet. Ellos duermen, mientras él se prepara para una jornada tranquila, hasta que a las 9:00 p.m. entre de guardia. Estará en pie, atendiendo a los pacientes, hasta las 8:00 a.m. del siguiente día.

Ahora lee las últimas noticias sobre Cuba y el mundo, fundamentalmente las relacionadas con la COVID-19. Luego del almuerzo será que se comunique con sus seres queridos en Holguín. Y alrededor de las 8:00 p.m. saldrá hacia el hospital de campaña, aledaño a otro de la localidad de Crema, en la provincia de Cremona, una de las más afectadas por la pandemia.

Al llegar, se pondrá el equipo de protección personal y otra vez se acordará de los días en que lo usaba en Sierra Leona, durante el combate contra el ébola, en el que también participó, cinco años atrás,

* Publicada el 20 de abril de 2020 en el diario *Juventud Rebelde*. El doctor holguinero Jorge Luis Quiñones Aguilar participó en la lucha contra el ébola en Sierra Leona y contra la COVID-19 en Lombardía, Italia. Esta entrevista se realizó cuando todavía en Cuba no se había detectado ningún caso de COVID-19.

como parte del Contingente Internacional de Médicos Especializados en Situaciones de Desastres y Graves Epidemias Henry Reeve.

En este caso, el equipo se refuerza con otros elementos: además de la escafandra, la mascarilla, las gafas, las botas y los guantes, también usa una pantalla facial, gorro, bata larga y sobrebata.

«Después de vestirme, siempre me fijo en que los dos médicos que trabajan conmigo tengan puestos los trajes correctamente. Luego entro y recibo el turno. Doy una ronda tomando signos vitales y ayudo a los enfermeros a cumplir la entrega de medicamentos. En la madrugada se hacen gasometrías para evaluar posibles altas, de conjunto con doctores italianos», cuenta.

– Debes estar agotado – le comento vía Messenger.

No creas. El sistema de trabajo está diseñado para que no nos sintamos agotados, pues tenemos varios turnos: un día, de 8:00 a.m. a 2:00 p.m.; el otro, de 2:00 p.m. a 9:00 p.m. Luego, uno de descanso, y después otro de 9:00 p.m. a 8:00 a.m., que es el que tengo hoy. Cuando salga, tengo dos días de descanso. Da tiempo para recuperar fuerzas.

¿Qué precauciones toman ustedes para no contagiarse?

Por las características de la enfermedad y los riesgos, debemos estar muy atentos. En todas partes somos rigurosos con la aplicación de las medidas de autocuidado. Al entrar a la habitación, luego de llegar del hospital, dejamos la ropa y los zapatos a la entrada, para que no se contamine el interior. Siempre nos bañamos con abundante agua y jabón, y luego, a colocarse los abrigos, pues hace mucho frío.

¿Alguna vez piensas en la posibilidad real de que te enfermes?

Sí, pero la desecho enseguida. Me concentro en pensar en positivo y hago todo lo que está indicado para que eso no ocurra.

El doctor Quiñones ha cumplido misión internacionalista también en Venezuela, Pakistán y Haití. Por eso no le sorprenden las muestras de gratitud que, desde el 22 de marzo último, comenzaron a profesarles los pacientes italianos a él y a sus compañeros.

Desde el mismo aeropuerto de Cuba, antes de volar hacia acá, percibimos el agradecimiento, gracias al largo aplauso brindado por los italianos que viajaban con nosotros. La escena se repitió al llegar a Roma, donde hicimos escala y estuvimos alrededor de una hora. Ese mismo aplauso nos lo prodigaron al salir hacia Milán. El pueblo da muestras de agradecimiento desde su cuarentena: gritos de «gracias, Cuba», banderas y carteles en los balcones se repiten a cada momento.

No pocas son las historias que puede contar Quiñones sobre la dura lucha para hacer retroceder la COVID-19 en aquella tierra: la de su primer paciente, un señor de 71 años que ingresó con dificultad respiratoria; la de un médico italiano infectado, quien debió ser trasladado a una de las salas de terapia intensiva y no supo nada más de él; hasta la de Bellina, una señora de 72 años que hacía trabajo social en un hospital de las montañas al norte de Italia. La de ella lo conmovió profundamente.

Bellina iba a aquel hospital de paredes de madera todos los años y allí ayudaba a las personas enfermas. Cocinaba, ayudaba a tender las camas, les hacía historias para aliviar sus padecimientos. Su esposo siempre la acompañaba, pero al comenzar el coronavirus, él y su hijo enfermaron. Ambos fallecieron. Hoy

ella está en un proceso de rehabilitación respiratoria, que realizamos en un ala del hospital.

Bellina me preguntó la edad de mi mamá. Cuando le dije que tiene 60 años, respondió que es muy joven, y que, a partir de ese momento, ella sería mi mamá italiana. Eso le estremece el alma a cualquiera.

Quiñones se conmueve con el dolor y las ausencias ajenas. Lo que no permite es el miedo, aun cuando considera que la COVID-19 es mucho más compleja de enfrentar que el ébola.

Son muchas más horas con el traje que las que hacíamos en Sierra Leona. Los pacientes están conscientes y nos hablan. Eso, a pesar de los medios de protección, puede ser riesgoso. Además, a Cuba no llegó el ébola. Por eso ahora nos preocupamos por nuestros pacientes aquí, pero también por ustedes allá. De todas maneras, no queda otra opción que sacar fuerzas y echar pa'lante.

Mientras este médico holguinero y sus colegas se enfrentan al coronavirus dentro del hospital de campaña, en una lucha cara a cara contra la muerte, la ciudad de Crema está en calma. De vez en cuando se escuchan las sirenas de las ambulancias trasladando a los enfermos. En la calle solo se ven rostros tristes y preocupados. La situación sigue siendo crítica, pero el ánimo de este valiente no decae. Cuando algún pensamiento inoportuno cruza por su mente, él lo exorciza recurriendo a ese lugar donde lo espera lo que más extraña de Cuba: «un estrechón de manos, un abrazo sincero y el amor de mi familia».



CRÓNICAS DE LA COVID-19 EN CUBA

Mario Ernesto Almeida y Rita Karo

Las crónicas escritas por Mario Ernesto Almeida y Rita Karo, publicadas en la revista *Alma Mater* en los meses de abril y mayo de 2020, y que ahora conforman este libro coeditado por Ocean Sur y la Casa Editora Abril, no solo acogen sucesos, anécdotas y emociones, sino que se adentran en el mundo interior de hombres y mujeres que se enfrentan por primera vez a una mortal pandemia, y en los que la solidaridad y el altruismo, emergen en sus formas más pura.

80 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-57-8

La otra Yaquelin*

Entrevista a Yaquelin Collado, enfermera sobreviviente de la COVID-19

En las fotos anteriores a la enfermedad posa feliz. Se le ve radiante con su cabello negro y liso, que le cae por los hombros hasta debajo de la cintura. Le gustaba alisarlo y cuidarlo. Ahora ya no está así.

«Me quedan tres “grenchas” —escribe a través del chat de Messenger desde su casa, en el municipio villaclareño de Caibarién—. Me lo tuvieron que cortar en la sala de terapia intensiva para poder maniobrar mejor conmigo, durante los estados crítico y de gravedad, porque estaba muy enredado y dificultaba los procedimientos. Tengo que esperar a que me crezca para empajar; pero estoy viva».

Ella es la enfermera que tanto se mencionó en los informes diarios brindados por el Ministerio de Salud Pública a través de la televisión cubana, y que mantuvo a todo el país pendiente de su evolución. Hace poco más de un mes que Yaquelin Collado Rodríguez volvió a pensar en el futuro. Luego de numerosas complicaciones relacionadas con la COVID-19, el 22 de mayo finalmente recibió el alta médica del hospital militar Manuel Fajardo. Hoy se recupera y rehabilita.

La gravedad

Había trabajado durante un año en el estado venezolano de Bolívar como parte de la Brigada Médica Cubana, pero su hijo

* Publicada el 29 de junio de 2020 en el diario *Juventud Rebelde*.

Humberto iba a ser intervenido quirúrgicamente y regresó al país. Una semana después de su llegada, comenzó con una fiebre que duró toda la tarde y la noche. Cuando amaneció, acudió al médico, quien escuchó sibilantes y estertores en la auscultación. De inmediato fue remitida al hospital militar de su provincia, donde permanecería 59 días.

«Estaba con malestar general, mucho decaimiento, disnea y fiebre alta cuando llegué al hospital el 24 de marzo. El 25 me hicieron el PCR que dio positivo a la COVID-19, y durante la madrugada del 27 ya tenía mucho deterioro del sistema respiratorio. Por eso fui trasladada a terapia intensiva. En pocas horas me encontraba reportada de crítica y fui acoplada a un ventilador mecánico», rememora Yaquelin, a quien indujeron al coma en su primer día en la unidad de cuidados intensivos (UCI), para practicarle la intubación.

«Entré a terapia consciente. Podía escuchar los pronósticos, que siempre fueron muy reservados porque mi estado crítico varió mucho. Conmigo se utilizaron numerosos métodos terapéuticos. Estuve seis horas de trombolisis porque tuve un sangramiento grande por la boca, por la nariz, por todas las vías... Fueron momentos muy difíciles. Luego del tercer paro cardiorespiratorio, me estaban reanimando y, cuando logré salir, el intensivista me pasó la mano por la cabeza y me dijo: “Seño, ¿qué más pudiera hacer por ti?”.

»Mi estado era sumamente crítico, pero yo sí escuchaba, y a lo mejor aquel médico, al que solo le veía los ojos, también me oía, porque bajo mi intubación le dije: Quiero despedirme de mis hijos. Él me secó dos lágrimas que me corrían por la cara y susurró: “Tranquila, que no te me vas a morir. Yo te cambio tus parámetros ventilatorios, pero hoy no te mueres”. De ese doctor

no conozco ni el nombre, pero se pasó la noche entera conmigo. Me lo prometió y lo cumplió».

Muchos fueron los procedimientos médicos y las decisiones que el equipo multidisciplinario se vio precisado a tomar para salvarla. Si para ellos fue complicado mantenerla con vida, para Yaquelin fue una prueba extrema.

«La intubación es difícil, pero era lo que me mantenía con vida. Lo más doloroso y triste para mí fue la traqueostomía, pero fue necesaria y definitiva para dejar el ventilador mecánico y volver a ventilar por mí misma».

Durante los 37 días que permaneció en la terapia intensiva, mientras rozaba el finísimo límite que existe entre la vida y la muerte, Yaquelin ponía el pensamiento en sus hijos, Yanilda y Humberto: «Veía que me moría y, te soy muy sincera, creo que luché tanto por el amor tan grande que siento por ellos. Llevaba más de un año sin abrazarlos, sin besarlos, sin decirles que los amaba más que a mí misma.

»En mi estado de gravedad también recordé a pacientes que tuve cuando trabajé en terapia intensiva. Y entonces entendí mejor lo que les decimos a los familiares: aunque uno no se comunique con ellos, sienten, nos escuchan... Yo lo recuerdo todo mientras tuve conciencia. Hoy doy gracias al excelente colectivo que estuvo a mi lado y me cuidó tanto».

Cuando el virus cedió ante los medicamentos, y los PCR dieron negativos, todavía Yaquelin debió permanecer en la UCI hasta que rebasó las complicaciones respiratorias. Entonces fue trasladada a una sala acondicionada solo para ella, debido a su débil sistema inmunológico. Recuerda que salió muy contenta porque «los médicos me dijeron que, después de unos días, podía hacer la rehabilitación en mi casa, pero a los tres días empecé de nuevo con fiebre alta a causa de gérmenes

renales adquiridos a través de las sondas, por lo que tuve que permanecer allí hasta cumplir el tratamiento con antibióticos».

Secuelas

Sobrevivir a la gravedad, tras la COVID-19, es una victoria. Enfrentarse a las secuelas es una batalla diaria, minuto a minuto, y en extremo difícil. Yaquelin la asume.

«Me afectó físicamente, bajé 31 kilogramos, y salí del hospital sin poder moverme prácticamente. Todavía, si me agacho, necesito ayuda para pararme. A eso se suma el poco apetito, el no sentir olor, ni sabor, dormir poco y con muchas pesadillas. La única persona con la que yo soñaba era con mi papá, ya fallecido. Todavía, desde el punto de vista respiratorio, no estoy bien, pero no he tenido necesidad de vivir dependiente del oxígeno, aunque tengo todas las condiciones creadas en la casa. Es parte de las secuelas que nos deja la enfermedad».

Rehabilitación

Las fotografías que ahora se toma Yaquelin están relacionadas, casi todas, con su rehabilitación y progresos diarios.

«Me dieron un año para rehabilitarme. En la actualidad realizo ejercicios para el fortalecimiento de los músculos, similares a los que se hacen ante una hemiplejía o a una cuadriplejía. Mi rehabilitador es mi hermano Enrique, quien tiene muchos años de experiencia. Él dice que cuando llega aquí deja de ser mi hermano para ser mi rehabilitador y yo su paciente. Me exige mucho, porque su propósito es reincorporarme a la vida activa», explica la mujer que, a sus 53 años de edad, ha recommenzado sus proyectos, disfrutando cada triunfo e imponiéndose nuevas metas. El próximo paso que tiene a la vista es el tratamiento con células madre que le aplicarán en Santa Clara.

«Seré mi propia donante —explica la enfermera—. Me extraerán la sangre por vía parenteral, la cual se procesará y después se me administrará por vía endovenosa. Esas células se trasladan a la zona afectada, que en este caso es el sistema respiratorio, pues tengo fibrosis pulmonar. Todo eso se irá monitoreando para valorar la evolución. Los especialistas me explicaron que es muy efectiva».

Aprendizajes

Con 33 años de experiencia, Yaquelin asegura que, «si Dios y la ciencia permiten que vuelva a ser la misma enfermera que era antes, tengo la intención de incorporarme al trabajo».

Haber padecido la enfermedad en su versión más agresiva, y tener la muerte tan cerca, sin la posibilidad de despedirse siquiera de los suyos, le cambió la vida para siempre: «No soy la misma Yaquelin después de la COVID-19. La que salió para Venezuela y había trabajado aquí era una enfermera alegre, humanitaria, llena de amigos, con mucho amor a su profesión y una gran pasión por su familia. La que hoy se rehabilita y lucha por recobrar la sonrisa, es más humana, porque ahora conoce de cerca lo que siente un paciente grave. Descubrió cuánto la quieren su pueblo y su país, al igual que esta familia hermosa que tanto luchó a mi lado. Por eso, cada día les diré a mis hijos que los amo. Y también quiero agradecer a todos, sin olvidar nunca a los especialistas que estuvieron a mi lado. No tengo dudas: la Yaquelin de hoy es mucho mejor que la de antes».

Ni el fuego ni una lesión me van a detener*

Entrevista al bombero Frank Lorenzo Acosta

En medio de los dos tanques gigantescos repletos de combustible, uno vomitando llamas y el otro ardiendo en una fiebre artificial que podría convertirse en mortífera en cualquier momento, Frank Lorenzo Acosta Ferrer sabía que la misión era arriesgada, pero no imaginaba lo que estaba por venir.

Veintiséis años es una edad perfecta para la candidez. El rostro del jefe de Compañía del Comando 1 del Cuerpo de Bomberos de La Habana, incluso ataviado con su casco y su capa contra incendios, revela los rasgos de un muchacho con una vida en ciernes. Sus experiencias, sin embargo, corresponden a alguien con mucho mayor tiempo dedicado a ganarle la pelea a los desastres. Como aquella madrugada, en la base de supertanqueros del puerto de Matanzas.

«Llegué a aquella provincia junto con tres compañeros, Yosbel Pich, Juan Carlos López y otro muchacho de la Brigada de Rescate y Salvamento, de quien no recuerdo el nombre.⁷ Fuimos en el carro de este último porque queríamos estar al lado de nuestra unidad —asegura—. Era cerca de las 12:00 a.m. Nos ubicaron en el sector de combate, donde se encontraban mi primer y segundo jefes de Comando, para apoyar a las fuerzas que llevaban horas trabajando».

* Publicada el 10 de agosto de 2022 en la revista *Bohemia*.

⁷ Se refiere a Vladimir Zayas Varona, integrante del Comando Nacional Especial Número 15, de Salvamento y Rescate, cuya historia aparece en la siguiente entrevista.

Las llamas se burlaban del esfuerzo de los hombres que parecían criaturas mínimas frente al animal de fuego devorador del primer tanque. El calor se infiltraba por las varias capas de la tela del pantalón, de la chaqueta, y ardía en los ojos. El plástico de los pomos que habían llevado con agua congelada se derretía. De vez en vez, los bomberos debían refrescarse directo de las mangueras para poder continuar.

Frank Lorenzo se aferraba al pitón, con sus sentidos puestos en bajar la temperatura del incendio, junto a sus compañeros. Todas las dotaciones daban el máximo de sus esfuerzos en aquel momento, cercano a las 5:00 a.m.

El calor pegando fuerte al rostro, el calor abrasando... El calor más y más insoportable, aviso del desastre. De pronto, el primer tanque se agrietó y las llamas aumentaron. El jefe de compañía del Comando 1 estaba a una distancia de solo 20 metros y apenas tuvo tiempo de ver el combustible desbordándose.

«Fue cuestión de segundos — asevera el joven bombero —. Como la llama ya no estaba en el recipiente, comenzó a ganar altura y a revivirse con el oxígeno. La llama necesita oxígeno para poder aumentar. Al ver ese volumen que empezó a abrasar el otro tanque, todo el mundo salió corriendo. Quienes estaban a 60 y hasta a 100 metros del lugar sufrieron quemaduras, imagínense los que estábamos más cerca».

Ahora no sabe explicar qué impulso, qué sentido de conservación lo empujó a soltar el pitón y atender la alerta de la jefatura. Correr. Salvar la vida. La misión cambiaba su objetivo inmediato.

En la huida buscó instintivamente su camión, pero calculó que el fuego lo alcanzaría antes de que pudiera maniobrarlo. En su campo visual había, por lo menos, dos o tres carros entre lenguas de llamas. Corrió con fuerza, y contra reloj: con tantas

toneladas de combustible, la zona segura le quedaba bastante lejos.

«Mientras corría, miraba hacia la salida y se veía la candela. Se podían distinguir a las dotaciones corriendo —recuerda—. Había mucha temperatura. Vi que mi jefe de unidad se caía detrás de nosotros. Intenté regresar a buscarlo, pero era imposible, a no ser en un vehículo. Mis equipos se estaban quemando».

Frank Lorenzo sentía que el calor le arrugaba la cara, que el oxígeno se le acababa, y que las fuerzas no le alcanzarían para ponerse a salvo. Cayó al piso varias veces, logró levantarse y otra vez cayó. Al incorporarse, alcanzó a ver, a unos metros, el carro de la logística que les transportaba los alimentos y el agua.

«Me recuerdo aguantándome de la puerta, tratando de entrar al carro y pidiendo por favor que viraran, que mi jefe y un chofer estaban atrás —dice, sin disimular el nudo en la garganta—. Parece que la falta de oxígeno me llevó a la inconsciencia y me desmayé por unos minutos. Cuando desperté, estaba en la parte de alante de la entrada. Tenía los equipos quemados, pero si no los llevo a tener puestos, me hubiera quemado yo.

«Había otro jefe de unidad a quien logré ayudar, pues estaba un poco golpeado, con quemaduras y desorientado. Lo monté en una ambulancia, junto a una doctora que me encontré tirada en el piso, con un golpe en la cabeza; también estaba uno de nuestros choferes, otro hombre con muchas quemaduras y el jefe del Destacamento Nacional de Salvamento y Rescate».

Junto a ellos fue trasladado al hospital. «Como lo que tenía eran golpes, empecé a ayudar a los heridos que iban entrando. Los carros llegaban con muchísimos lesionados», recuerda.

Cuando Frank Lorenzo tenía 11 años vio un incendio cerca de la casa donde vivía, en el municipio habanero de 10 de Octubre. Aquel movimiento de los bomberos luchando contra las llamas lo hechizó. Decidió que sería uno de ellos, así que fue al Comando más cercano a su barrio y consiguió colársele a aquel mundo de coraje y urgencias. Lo dejaban montarse en los carros, conversar con los bomberos voluntarios, aprender y hasta vestirse como ellos. Lo único que no consiguió, por supuesto, fue salir a detener un incendio.

Trabajó en el Sistema Integrado de Urgencias Médicas (SIUM) como técnico, y en 2018, cuando ocurrió el accidente aéreo del Boeing 737-200 arrendado por Cubana de Aviación, él trabajaba en la Base de Ambulancias del municipio de Boyeros. Su primera misión, aquel fatídico día, fue el traslado de las víctimas hasta el policlínico más cercano. Después estuvo durante la atención a los familiares.

La noche del 27 de enero de 2019, Frank Lorenzo estaba de descanso en su casa, en Lawton, cuando sintió de repente ráfagas de viento muy fuertes. Dice que el cielo se puso verdoso. Nadie sabía de qué se trataba. El joven decidió salir. Su primer instinto fue correr en dirección a Luyanó para ayudar. En el camino, socorrió a cuanta persona encontró a su paso, hasta que llegó al hospital Hijas de Galicia.

«Allí comencé a sacar a los bebés de la sala de neonatología, a los padres, las madres —rememora—. Estuve trasladando personas a la par de los compañeros de Rescate y Salvamento. Recuerdo a Wilmer Yumar y a Danniel León. Después de aquel tornado me dieron la oportunidad de entrar a la escuela de bomberos y pasar el curso de técnico en rescate. Luego hice el curso de jefe de dotación».

Desde hace tres años trabaja como bombero profesional. Su vocación convertida en labor cotidiana; sus manos buscando vida en medio del desastre, como en mayo último, después del accidente en el habanero hotel Saratoga.

«Estábamos en la unidad cuando sentimos la explosión. Rápidamente, nuestro jefe de comando, Alexander Santillano, a quien deseo pronta recuperación porque está ingresado en el hospital Calixto García con quemaduras importantes, dio la orden de salida a todos los carros. Allí nos dedicamos a evacuar la escuela Concepción Arenal. Después pasamos al frente del Saratoga a rescatar víctimas. Fuimos los primeros carros en llegar y estuvimos allí todos los días. Ese autocisterna que se quemó en el incendio de Matanzas —dice, mientras señala la fotografía en la pantalla de su teléfono móvil— fue en el que yo llegué al Saratoga».

El autocisterna quedó huérfano de cristales. El fuego consumió lo que no era de metal en la cabina y le desprendió el techo. La fotografía no deja ver en detalles si en verdad la parte trasera se salvó completamente de la furia en llamas que dominó la madrugada de aquel sábado terrible. El carro ya es historia. Él observa la imagen y recuerda el momento terrible después del colapso del primer tanque.

En medio del peligro pensaba en «tratar de recoger a los compañeros que me iba encontrando, pero me era imposible por la falta de oxígeno. En esa situación, uno prácticamente no tiene fuerzas para levantarse del piso, es muy complicado, muy duro: el instinto de supervivencia se apodera de uno».

Hoy Frank Lorenzo se encuentra bien, aunque debe mantener el reposo para que los ligamentos de las rodillas se recupe-

ren. Piensa en sus compañeros, en las familias. «Esto es muy duro. El peor incendio en el que he estado». Y confiesa: «Yo pensaba mucho en mi mamá, mi papá, en mis hermanos, mi abuela, mi esposa y mi hijo, que me esperaban. Porque cuando ellos me despiden, me ruegan que me cuide, y sobre todo que regrese. Esa es la primera misión que me plantean. Las demás vienen en el lugar del incendio».

¿Y qué impulsa a este muchacho a enfrentarse al peligro, a sabiendas de que arriesga su propia vida? «Siento esa entrega con mi pueblo, con mi país. Yo me preparé para salvar vidas, por eso lo voy a seguir haciendo. A mí ni el fuego ni una lesión me van a detener».

El bombero fotógrafo ante la inmensidad del desastre*

Entrevista a Vladimir Zayas, integrante del Comando Nacional Especial
Número 15, de Salvamento y Rescate, de La Habana, y a su esposa Laura
Odriozola.

No hacía mucho que había apagado la luz de la habitación. Necesitaba que los niños finalmente se durmieran para terminar sus tareas del día. El viernes había sido larguísimo, pero lejos estaba de imaginar lo interminable que le parecería el sábado.

Vladimir Zayas Varona, El Vladi, chofer de TaxiCuba, había salido a cumplir con varios recorridos y demoraba en regresar. A ella le quedaban algunas cosas pendientes en la cocina, pero los ojos se le cerraban. El sonido de la notificación del WhatsApp la despabiló: «Cárgame las baterías de las cámaras», le pidió en un audio y le explicó cómo encontrarlas. ¿Y eso, qué pasa?, quiso saber ella. «Nada, que me gusta tenerlas cargadas». A Laura le pareció un poco extraña la solicitud, aunque en el fondo imaginaba las razones.

Ernesto y Lucía dormían placenteramente cuando cumplió la petición del esposo y se volvió a acostar, muy cerca de los niños. No recuerda bien la hora en que llegó; serían pasadas las 11:00 p.m.

— ¿Viste lo de Matanzas? — preguntó él, después de despertarla con un beso.

— Algo, sí — susurró ella, todavía adormilada —. Vi algo en las redes.

No hacía falta decir mucho. Hay códigos que solo ellos comprenden. Y ocho años viéndolo ajustarse el uniforme negro con franjas

* Publicada el 12 de agosto de 2022 en la revista *Bohemia*.

amarillas son suficientes para saber. Vladimir se alistó, agarró sus pertenencias, las baterías, la cámara, les dio un beso a sus hijos, abrazó a su esposa a la salida de la casa y le pidió que estuviera tranquila.

«Tuve miedo, me puse nerviosa, pero él prometió que se iba a cuidar», dice Laura Odriozola González, quien se aferra siempre al compromiso que tiene su marido con ella de regresar, y regresar vivo.

Un rato después de las 5:00 a.m., el timbre del teléfono móvil la hizo saltar de la cama: «Estoy bien. No te preocupes – le dijo del otro lado de la línea –. Hubo una explosión, hay bomberos desaparecidos. Estoy bien».

Vladimir Zayas Varona tiene 35 años y pertenece al Cuerpo de Bomberos de Cuba, como voluntario, desde hace ocho años. Cada vez que una situación de emergencia demanda de sus servicios, cambia su uniforme de taxista por el de bombero y se pone a disposición del Comando Nacional Especial Número 15, de Salvamento y Rescate, de La Habana.

En los últimos tiempos, su misión fundamental no ha sido la contención de las llamas o el rescate de víctimas, sino documentar la labor de sus compañeros a través de la fotografía. Pero no siempre ha podido mantenerse impassible detrás del lente.

Dice Vladimir que «cuando la cosa se pone un poco fea, hay que soltar la cámara y trabajar como bombero, pues antes de ser fotógrafo ya tenía la formación y los conocimientos», los cuales adquirió en el Comando 5, del municipio habanero de Plaza de la Revolución.

En la madrugada del 6 de agosto último, durante el incendio de la terminal de supertanqueros de la zona industrial de Matanzas, no tuvo mucho tiempo para elegir.

Segundos antes del colapso del primer tanque, percibí que las llamas estaban creciendo, había aumentado un poco la velo-

cidad del viento y eso me llamó la atención —recuerda—. Aproveché para hacer algunas fotos porque con las llamas tan vivas salían mejores imágenes, pero de pronto vi que el tanque que estaba combustionando empezó a rajarse y a emanar el combustible de él. El nivel de las llamas aumentó terriblemente y los jefes dieron la orden de evacuación. Todo el mundo tenía que salir de aquella área.

El fotógrafo agarró fuerte la cámara y echó a correr. A su lado vio a otros bomberos y a integrantes de la Cruz Roja luchando por ponerse a salvo.

La temperatura empezó a aumentar muchísimo más y se puso una claridad tal, que parecía eran las 12:00 del día, como si hubiera habido un sol bien fuerte. Corrí hasta que logré guarecerme detrás de otro tanque de combustible, a unos 200 metros de donde estaba antes. Ahí quedé solo y aislado, y no pude hacer mucho más.

A partir de ese momento, solo tomé dos o tres fotos. Guardé la cámara y comencé mi labor como bombero, pues sabiendo que había víctimas en el lugar, la prioridad era salvarlas. Minutos después, llegaron otros compañeros y nos organizamos para elaborar un plan de exploración, pero fue imposible acceder al sitio donde probablemente estuvieran las víctimas a causa de las altas temperatura y la radiación de las llamas.

Sus imágenes de la madrugada de aquel sábado son impactantes. El fuego dominando al hombre. La pequeñez de lo humano frente a la furia de las llamas. El costo de un desastre tecnológico visto a través de la lente.

¿Cómo se sentía el ambiente cuando hiciste aquellas primeras fotos?

Había mucho calor, y era diferente al que se siente en otro tipo de incendio. La temperatura estaba muy alta y los bomberos pasaban un poco de trabajo para cumplir con su labor. Para mí también resultaba muy complicado hacer una foto, buscar un encuadre, una composición. Las manos se me quemaban, sentía que la temperatura era muy alta.

El ánimo de los muchachos y de los jefes era de echar «pa'lante», de trabajar, de que había que apagar el fuego de alguna manera. Hasta el momento del colapso del tanque todo fluía bien, laboraban sin parar. Se rotaban los turnos de trabajo para pitonear, que es la acción de aguantar la manguera y echar agua, y se hidrataban tomando bastante líquido.

Los minutos después del colapso fueron terribles. ¿Cómo los viviste?

Estar en un lugar donde sabes que pudieron haber fallecido algunos de tus compañeros, y más en esas condiciones, es sumamente difícil. Aquel momento fue muy doloroso. No podíamos entrar a rescatarlos; era súper complicado para nuestro pequeño grupo que quedó medio aislado; estábamos dispuestos a evacuarlos, pero era imposible.

¿Por qué escogiste hacer fotografías de bomberos y rescatistas, si puedes tomar imágenes en situaciones de menor riesgo?

Lo que me motiva es que puedo unir dos de mis pasiones: el trabajo de los bomberos y la fotografía. Me gusta mucho el fotorreportaje, y la oportunidad de vincularlo a esta actividad me parece fantástico. Cada cosa tiene su riesgo en la vida. Creo que, mientras me cuide y cumpla con todas las normas de seguridad, esos riesgos se minimizan.

¿Cómo lograste convertirte en fotógrafo del Comando Nacional Especial Número 15, de Salvamento y Rescate?

Estudí en la Academia de Arte y Fotografía Cabrales del Valle, donde pasé varios cursos y me especialicé en el fotorreportaje. Como ya era bombero voluntario desde antes de convertirme en fotógrafo, pedí autorización en el Cuerpo de Bomberos de Cuba para hacer este tipo de fotos, me autorizaron y desde entonces es lo que más hago con ellos.

¿Cuán complejo es tomar buenas imágenes en medio de un incendio o de cualquier otro desastre?

Este servicio, en particular, fue muy difícil. Tenía experiencias anteriores, como tras el tornado de 2019 en La Habana y la explosión del Hotel Saratoga, pero ninguno como el incendio en Matanzas. Desde el punto de vista fotográfico, es muy complicado lograr una correcta exposición y buena composición. A veces, en las redes sociales, se ven fotografías de bomberos súper bien expuestas, pensadas, pero la mayoría son de escenarios preparados, de entrenamientos, donde todo es mucho más fácil.

Las personas u otros fotógrafos me preguntan por qué no me puse por aquí o por allá. Es muy fácil decirlo, pero con calor, con agua cayéndome encima o alrededor de mí, con pedazos de escombros por todas partes... eso es sumamente difícil.

La madrugada del miércoles 10 de agosto, cerca de las 2:00 a.m., el chat de WhatsApp de Vladimir indicaba que se encontraba En línea. Acababa de regresar al lugar donde iban a dormir los bomberos, después de un día de combate frente al fuego en la base de supertanqueros.

La experiencia de hoy fue un poco más calmada —escribió en respuesta a una pregunta que había quedado pendiente

desde temprano —. Se trabajó en tratar de extinguir algunos fuegos que todavía existen en el lugar y en seguir avanzando. Se recuperó bastante terreno. Todas fueron labores de extinción. Este tipo de faena consiste, básicamente, en tirar muchos tramos de manguera, lidiar con el calor y echar agua.

¿Cómo fue regresar allí, el martes, después de aquella madrugada tan dura del sábado?

Una de las cosas que más me impresionó fue la cantidad de crudo de petróleo que todavía estaba hirviendo en muchos lugares, como si fueran pequeños cráteres con lava volcánica. Es cierto que el incendio de grandes proporciones fue impactante, pero lo que más me ha afectado es la pérdida de nuestros compañeros.

Del otro lado del chat de WhatsApp, en la noche matancera que parece un poco más en calma, Vladimir no disimula el bostezo. Durante esa jornada anduvo con su cámara a cuestas, tomando cuanta imagen retratara la lucha de los bomberos por aplacar el ardor en la base de supertanqueros; pero también guardó su Fuji Film y relevó en el pitón a algún compañero fatigado por tantos días de trabajo y tensiones. Ante su cansancio, envió una última interrogante, que no contestará hasta muy entrada la tarde del día siguiente, después de haber regresado de Matanzas y de haber recorrido solo él sabe cuántos kilómetros, como parte de su trabajo como taxista.

Durante situaciones extremas, a veces los fotógrafos se enfrentan a dilemas éticos. En el caso del accidente en Matanzas, las fotos de cascos, botas, y otras pertenencias quemadas que circularon en las redes sociales han recibido muchas críticas. ¿Qué piensas sobre eso?

Ante cualquier situación en la vida, uno debe ser buena persona. No puede ser que, por tomar una buena foto y ganar cual-

quier tipo de reconocimiento, el fotógrafo cause algún tipo de perjuicio a los familiares de las víctimas. Yo he hecho imágenes muy duras y simplemente las entrego a la jefatura del Cuerpo de Bomberos, donde las guardan en sus archivos, pero no las publico en las redes sociales. Siempre trato de no herir los sentimientos de los familiares de las víctimas.

Solo Vladimir y Laura saben cómo se las ingenia él para que el tiempo le alcance. Hacer todo lo que le gusta y cumplir con sus deberes de padre es mucho más complejo que lograr una composición excelente y un buen disparo con la cámara, en medio del desastre. Dice la esposa que tienen montado un sistema de relevos y, mientras ella sale a trabajar, él la respalda en casa. Después invierten los papeles y el engranaje funciona. Lo más difícil es lidiar con los temores ante los peligros, cuando sale a laborar el bombero fotógrafo. Para eso, Laura tiene también su estrategia.

Trato de no pensar mucho en los riesgos y no lo llamo constantemente porque quiero que se concentre en lo que está haciendo, que no se preocupe por las cosas de la casa. Tenemos un sistema que funciona: no dejamos que pasen más de siete horas, como máximo, sin que sepamos uno del otro. Siempre nos dejamos algún mensajito. Eso para mí es suficiente.

Es imposible que no tenga miedo de lo que pueda pasar, pero es una mezcla de sentimientos, porque también siento mucho orgullo de lo que hace, de cómo va a ayudar a los otros. Y eso me reconforta.



ocean sur

una editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

EL AMOR HABLA AL OÍDO

Y OTROS RELATOS PERIODÍSTICOS

En este libro se dan cita voces de cubanas y cubanos tan diversos como nuestra sociedad: un doctor en ciencias en la especialidad de Matemática, un trovador, un periodista-escriptor, un restaurador de vitrolas y otras antigüedades, una superabuela, una enfermera sobreviviente de la COVID-19, un camarógrafo, un historiador coleccionista de fotos de Fidel, un farero, una alfabetizadora, un médico internacionalista, un pianista, un bailarín, un bombero, un fotógrafo-bombero y su esposa, una pareja que no creyó en prejuicios para amarse...

Diecinueve textos que son fruto del trabajo de la joven periodista Liudmila Peña Herrera durante más de una década y que han sido publicados en distintos medios de comunicación como *¡ahora!*, *Juventud Rebelde*, *Cubadebate* y la revista *Bohemia*. En sus relatos encontrarán detalles de diferentes épocas de nuestro país y los contextos de la sociedad cubana, apreciados por sus protagonistas, en esferas tan diversas como la cultura, la ciencia, la educación, la historia.

